The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.3
A189m

898.3 Acuña
A189m

DATE

9/8/4

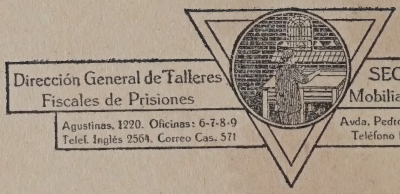
This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

JAN 28 '92

MINGACO

CARLOS ACUÑA

Printed in Chile


Dirección General de Talleres
Fiscales de Prisiones
Agustinas, 1220. Oficinas: 6-7-8-9
Telef. Inglés 2564. Correo Cas. 571
SECCIONES: Imprenta,
Mobiliario Escolar y Mecánica
Avda. Pedro Montt (Penitenciaría)
Teléfono Inglés 220 PARQUE

MINGACO

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Inscripción N.° 461

CARLOS ACUÑA

MINGACO

Cuentos y Novelas cortas

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

Santiago de Chile
1926

DEL AUTOR:

«Floración agreste» (Ensayos) 1907.

«A flor de tierra» (Cuentos y versos) 1913.

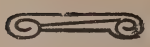
«Vaso de Arcilla» (Versos) 1917.

«Capachito» (Cuentos y Novelas cortas) 1921.

«Mingaco» (Cuentos y Novelas cortas) 1926.

Próximo:

«Baladas Criollas» (Verso).



Dirección del Autor:

Santiago de Chile — Casilla 1386

Library, Univ. of
South Carolina

Opiniones sobre el Autor

Con motivo del libro «Capachito»

414312

«*Carlos Acuña, artista varonil, espontáneo y saludable, tiene la virtud de hacernos sanos como el campo mismo. Su poder evocativo posee la gran fuerza del buen arte:* **la simpatía**, *ese don que consiste no sólo en comunicarnos lo cantado o descrito, sino en incorporarlo en definitiva a nuestro acervo de belleza*».

Eduardo Barrios.

«*Carlos Acuña es uno de los autores en quienes la sensación de la naturaleza es más fuerte y más próxima. No la elabora ni la sutiliza. Hombre sin complicaciones, conoce los vericuetos oscuros del sentimiento; pero no se ha internado muy allá ni se ha perdido por ellos: bebe el agua clara y sana de la realidad en*

el cuenco de sus dos manos robustas o en un simple vaso de arcilla, y sus páginas no dejan la impresión de haber recorrido los papeles de un libro, sino de haber pasado una temporada en el campo, lejos de la ciudad y cerca del mar, en compañía de buenos muchachos que cuentan historias idílicas, trágicas o maliciosas, conservando un sabor salado de besos de olas y de mujeres en los labios viriles».

HERNÁN DÍAZ ARRIETA (ALONE).

«Con este libro, Carlos Acuña marca el avance más seguro y rápido en el desarrollo de su personalidad literaria. Acuña sabe ahora arrancarles a las palabras sus ocultos resplandores. En tres renglones perfila un paisaje, y el poeta—ese poeta simplista, robusto y solitario que hay en Carlos Acuña—se asoma a cada instante entre las páginas de este libro que huele a pataguas, a trigales, a claveles y a carne de mujer morena».

DANIEL DE LA VEGA.

«*En la dedicatoria amable que escribió Ud. para mí en el ejemplar de «Capachito», dice textualmente que este libro* **no tiene más que un poco de amor por la tierra chilena**. *Yo encuentro en esta frase la fórmula de la verdadera novela americana, cuya historia llena de fracasos apenas consigna un pequeño grupo de obras sobresalientes. Claro está que con solo el amor no se crea una obra de arte; pero sin la comprensión amorosa de nuestra vida y de nuestros paisajes, sin el apego interesado a la visión cotidiana, sin la cariñosa inquietud que extrae el sentido recóndito y la nota humana de lo que nos es familiar, la novela americana se reduce al «Peredismo» torpemente imitado, de los que piensan que unos cuantos vocablos indígenas, con su nota de traducción al pié de la página, y tres o cuatro giros enrevesados de nuestro español regional son elementos bastantes para crear la novela de América».*

«*Porque en su libro está palpitante el alma chilena, y porque a un estilo sencillo y noble y a una visible destreza de narrador junta Ud. la visión fervorosa del que ama lo que pinta, su libro será leído, no solamente por quienes han recreado en Chile sus ojos y su corazón, sino por todos los que gusten de un libro bello y sinceramente escrito* .

Enrique González Martínez.

«En «Capachito», Carlos Acuña demuestra poseer los raros y esenciales dones del novelista: el estilo agradable, la ciencia del detalle, la fuerza ágil y el talento de saber contagiar al lector con sus emociones y opiniones. Cada uno de sus cuentos vive en atmósfera propia, en un ambiente peculiar que al momento nos envuelve, nos hace abrir muy grandes los ojos para ver mejor, nos hace respirar fuerte, para saturarnos de aires gratos, como cuando al bajar del tren, nos encontramos en un país desconocido y seductor».

MARCELLE AUCLAIR.

«Gusto del estilo de Acuña y hasta lo admiro. Tiene arte exquisito para idear la escena, para moverla, para darle animación Una imaginación viva, ansiosa de lo real, llena de recuerdos, le da la materia para tejer el manto vistoso y ligero que le cubre, y rellena y embellece un pobre sujeto. Yo diría que es una imaginación jugosa.

Un detalle que revela al artista es su adjetivación precisa, y a veces tan precisa como original.

En suma, es todo un cuentista, acaso tan poeta como amable narrador.

MISAEL CORREA PASTENE.

«Entre los buenos escritores nacionales que han buceado en el ambiente de nuestra tierra, desentrañando su idiosincrasia, puede contarse a Carlos Acuña.

El autor de «Vaso de Arcilla» y de las inolvidables «Baladas Criollas», enamorado siempre de la naturaleza y de todo aquello que comulga con su vivificante sencillez nos muestra en su último libro «Capachito» a tipos del campo y del mar que sienten la vida potente que vibra lejos de los muros aprisionadores de las ciudades.

Acuña es feliz en las descripciones; sabe interesar el espíritu del lector con su estilo vibrante y sencillo, que posee las características de sus personajes sanos y recios, que parecen tener el rostro oscurecido por el buen sol de las campiñas perfumadas».

ANGEL CRUCHAGA.

«No son más hermosas las «Baladas Sentimentales» que, allá en la tierra donde se exaltan los méritos del compatriota y del colega, le conquistaron a Paul Fort su escudo de gloria. Lo primero que se advierte leyendo los cuentos de Acuña es la relación armónica entre su propio sentir y el objeto descrito; existe una relación íntima entre él y el alma de las cosas; se diría que su sentimiento poético transforma la naturaleza y pone en ella la mayor cantidad de vida posible, de

una vida recia, exuberante y fecunda, cuyo jugo exprime golosamente en cada uno de sus cuentos».

ROXANE.

———

«Carlos Acuña ha realizado en nuestra literatura una obra de carácter nacionalista, cuyo fondo es de una admirable sanidad de espíritu. Sus poesías, que entrañan una suave armonía, sus cuentos, sencillos y escritos en una prosa correcta, pero expresiva, constituyen una labor intelectual seria y sólida. Ha buscado y conseguido, en gran parte, producir la emoción artística con elementos sobrios y casi, podríamos decir, precisos. Este es un resultado que no puede pasar inadvertido en la literatura chilena».

RICARDO A. LATCHAM.

———

«Este libro es un «Capachito» (quiero decir una colección) de cuentos cuya lectura ha dejado en mi mente una viva impresión de sana alegría.

Acuña no es de esos cuentistas que todo lo ven envuelto en una atmósfera de pesimismo.

. . . . . .

Confieso que el optimismo de su autor parece espontáneo y sincero. Es además contagioso. Despierta en

el lector un deseo de contemplar la lucha de los barcos con las olas de la barra, las varazones de peces y otros espectáculos que describe con primor en su libro.

.....

No todo es campesino en «Capachito»; hay también algo de Santiago. Cierto pugilato in loco non santo» demuestra que el talento del autor es capaz de amoldarse a los más diversos temas, y que su delicadeza no excluye el vigor».

Omer Emeth.

———

«Hay en este libro pasajes escritos con tanta sobriedad y sencillez, que hacen recordar intensamente las idílicas páginas de la novela pastoral «Dafnis y Cloe» del poeta griego Longo, vertidas al castellano por el inmortal autor de «Pepita Jiménez». Tal es la frescura y naturalidad de nuestro costumbrista».

A. Cannobio.

———

«Y bien, yo empeñado en encontrar un cuentista en mi raza chilena, que no fuera usufructuario de la herencia solemne de la Península, dí al fin con uno, y

con uno que me indemnizó de la pesadumbre majestuosa y anti-gramatical de los otros: con Carlos Acuña y su reciente vástago «Capachito».

.....

Todo es allí fresco y humano; todo nos agarra desde el primer momento y no nos suelta. Hay mucha fragancia de campo en sus páginas, y uno se embebece en las descripciones, pese a ser breves y precisas, y da patente de naturalidad a los diálogos».

Pedro E. Gil, (Antuco Antúnez).

MINGACO

A nombraban así por malicia rústica. No sabéis vosotros, hijos de la ciudad, lo que es un «mingaco»: sistema patriarcal de trabajo, ayuda gratuíta de muchos para la faena agrícola del vecino, que está falto de gente para terminarla.

A ella la apodaban Mingaco, pues por eso: culpa de la madre, hembra liviana, en sus años mozos, según decían sus numerosos galanes, hombres hoy de barba canosa.

Mingaco era toda la gracia campestre de las márgenes del Tutuvén metida en un cuerpecillo moreno, de una esbeltez que comenzaba a rellenarse con la pulpa sabrosa de la adolescencia. Y, dentro de la piel morena, una alma de diablillo retozón que se asomaba a los ojos más pícaros del mundo.

—Mingaco, Mingaquito, estáte quieta alguna vez; no me espantes la lagartija.

—Es que su merced es tan calmao...ya...ya...

—Cállate, Mingaco.

—Ya... se le vá...¡bueno que es chuzo!

Y el piececillo moreno y desnudo crepita con impaciencia, dando la impresión graciosa de la borrega que patea el suelo con su pezuña, para manifestar su cólera.

Al extremo de la varilla, la lazada de crin negro, que se hace invisible en el resplandor de la siesta, oscila suavemente sobre la cabeza de la lagartija. El pequeño reptil con la cabecita en alto, y acezando en las agallas, parece hipnotizado siguiendo el vaivén de la crin enemiga. Cuando suele rozarla, la lagartija saca nerviosamente la lengua, como un latiguillo de dos ramas parecida a la de la serpiente.

—Miren la diabla cómo saca la lengua, masculla la Mingaco; con ésa se «refala» las moscas...

—Cht, te digo.

—Ya, patrón; qué chuzo...

Por fin el dogal de crin rodea la cabecita sin tocarla y se aprieta en el cuello del reptil que ya no puede deshacerse de la horca. Yo alzo jubiloso a la víctima en aquella pesca en tierra, a pleno sol.

—Ya llevamos veinte, patroncito, y esta es más verdecita.

Mingaco la echa al pequeño saco con verdadera maestría, pues los reptiles que ya hay encerrados se trepan ansiosos de libertad por las paredes de la bolsa de tocuyo, pugnando por salir. Pero, antes del cautiverio, el placer de la muchacha consiste en cortarles la cola, con un tirón de sus dedos.

—¡Qué mala eres tú!

Ella rompe a reír como una condenada.

—Mire la cola, patrón, cómo se da vuelta sola.

Y en verdad que el pequeño fenómeno asombra, viendo como el trozo cortado sigue viviendo a saltos, revolcándose sobre la tierra.

—¿No ve?, observa Mingaco. Mi tía Chayo dice que

los pedazos de cola se vuelven después otra lagartija enterita.

—¡Mentira! la digo yo...

—La purita verdad, patrón, cómo no lo sabrá mi tía, que es bruja...

* * *

Mingaco tiene la misma edad que yo, unos trece años, pero su feminidad la hace más inteligente y maliciosa; ella es ya casi una mujercita; en mí la pubertad se retarda todavía. Por eso es que ella, pese a mi calidad de patrón, es la soberana de nuestras vagancias por el campo. La caza de las lagartijas me la ha enseñado élla; me guía en los pequeños misterios de la naturaleza rústica, me asombra con su sabiduría campesina.

—Los «cullis» son muy ricos para la calor, patrón.

Arranca la pequeña mata de tallos rojos, de hojas verdes como el trébol, y de flores amarillas, y la muerde golosamente:

—Pruebe, ¡qué bueno es!, agriecito.

De veras que el ácido da a la hierba una agradable sensación de frescura...

Pero agrega, en seguida:

—Comer muchos «cullis» es veneno...

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque muchos se han muerto comiéndolo. ¡Es muy fuerte! Mi tía Chayo hace unas tortas de «cullis» y sirven para curar heridas; quedan moradas después de secas, y al morderlas son «agrias». Una vez yo me quise comer una, creyendo que era charqui.

Mingaco es la desesperación de mi abuela Rosa. Ella la recogió, dada así por sus parientes como un crío abandonado a la patrona, como una «chinita», una esclava, futura sirviente de la casa grande en la ciudad, que vestirá después como una señorita con los trapos pasados de moda de las tías elegantes.

Por el momento vive en el fundo, a las órdenes del mayordomo, que la agrega a la servidumbre de la familia en el verano. Nadie sabe como élla escoger los racimos de la viña que comienza a madurar, las primeras «peras-cerezas», las sandías de corazón colorado y maduro, los melones «escritos» que ocultan su fragancia.

Hemos ido muchas veces al sandial, juntos, por la mañana, cuando el sol no calienta aún. Mi condición de colegial que va a descansar al campo de las tareas del Liceo, me deja cierta libertad.

Yo corto las sandías, seducido únicamente por el tamaño de la fruta.

—No, patrón, me observa la Mingaco; la que está madura, ¿ve? es la que tiene la «rosquita» seca.

Se trata de una guía vegetal, enroscada como un hilo que amarillea secada por el sol en la guirnalda.

—¡Esta sí que está buena!, grita la muchacha. Yo he sufrido el fracaso de más de una sandía, cuyo migajón aparece aún verde. La que ella rompe de un golpe sobre la rodilla—que se insinúa graciosa bajo el percal,—muestra el corazón con un rojo de sangre, en que las pepas negras acusan la madurez y el sabor fresco y apetitoso.

Ella entierra su hociquillo de zorra montaraz en la pulpa jugosa; yo hago lo mismo. Pero Mingaco, golosa

como es, parece hundir el rostro entero en el corazón de la sandía; sus dientes sanos y afilados abren la brecha hasta hacer anegarse sus mejillas paliduchas, en las que el zumo de la pulpa comienza a resbalarse como una inundación. Yo suelto la carcajada mirando su rostro embetunado, que ha resecado ya la brasa del sol mañanero en algunas partes. No resisto al deseo de manotearle la mejilla. Queda la huella de mis dedos en pequeños canales untosos sobre la faz.

—Espérese; ya me la va a pagar; mírenlo.

Y los dos reímos gozosos.

* * *

El sol pica demasiado. Bajo mi chupalla, y las crenchas espesas de sus cabellos negros, nuestras frentes se humedecen con pequeñas gotas de sudor. En las casas duermen la siesta. Mientras los grandes se entregan al reposo, hemos hecho esta deliciosa escapada, bordeando la cerca de la viña, en que los alambres están entretejidos por las ramas de espino, cuyas puntas cortadas por el hacha se alargan hasta el lindero del camino. Sobre las delgadas puntas de las ramas, las lagartijas salen de su escondrijo a tomar el sol. Allí nuestra crueldad las ahorca en la lazada de crin, cuando ellas levantan su frágil hociquillo a la caza de insectos errabundos.

—Ya llevamos veinte, patrón, y esta es la más verdecita...

Miramos riendo el extremo de la cola, que Mingaco ha cortado a la lagartija antes de echarla al saco, y que se retuerce sobre el suelo como una pequeña serpiente,

cuando, al extremo de la alameda, se abre el recio portón de las casas. El pequeño carricoche que la tía Amelia acostumbra guiar por sí misma en su diarios paseos, se viene al gran trote de Renaico, su alazán predilecto, sobre nosotros.

Mingaco huye primero, veloz y misteriosa comó una chilla perseguida por los perros. No sé cómo ha encontrado un hueco bajo la cerca para colarse a la viña. Yo no he podido seguir a la fierecilla del campo; desatentado, no hallando donde esconderme. Me han prohibido bajo severas penas que me junte con la muchacha.

La tía Amelia nos ha visto desde lejos. El alazán me salpica de tierra en una retacada maestra, casi a mis pies.

—¿Qué hacías con esa muchacha? ¿No te hemos prohibido juntarte con élla?

No sé qué contestar; contemplo con pena el pequeño saco que la chiquilla ha abandonado y que deja escapar por la boca entreabierta las lagartijas mutiladas de la cola. Los pequeños reptiles huyen con la misma gracia y ligereza con que lo ha hecho mi compañera, a quien presiento, bajo los pámpanos de la viña, sujetando la risa, y brillantes de picardía sus ojillos negros.

—¡Cochino, cochino!, me grita desde lo alto del coche la tía Amelia, haciendo zumbar su látigo; te vas inmediatamente a la casa; que no te vuelva a encontrar aquí!

Y cuando ya el carricoche ha partido, la tía vuelve nuevamente el rostro para repetirme airada, tras de sus lentes de miope precoz:

—Cochino, cochino...

Yo no comprendo, en el primer momento, el sentido de aquella conminación repetida de la tía Amelia. Creo que ella se refiere a la caza de las lagartijas, que seguramente sus nervios femeninos encontrarían repugnante.

La clave me la da después Mañungo, el hijo del capataz, mientras acomoda los pellones de mi montura.

—Es que la Mingaco no es tan chiquilla como parece, patrón. De tal palo tal astilla, hija de su madre había de ser... ya ha tenido sus historias...

—¿La Mingaquito?, exclamo yo, con un asombro ingenuo.

—La «mesma», la Mingaco, repite Mañungo soltando la carcajada... ¡Y como a élla parece que Su Mercé le gusta! No me diga más...

EL HECHIZO

JUAN de Vásquez, en mangas de camisa, aprovechaba la luz que ya quería irse, en revisar tornillos y uniones del motor destapado. Llevaban una «panne» de más de una hora. El río estaba de llena; desde la barra, a diez kilómetros, venía la hinchazón del agua; y como corría una brisa algo cargada del Norwest, golpeaban reventazones como palmetazos en los flancos de la canoa.

—Ya, parece; dále al manubrio...

La lancha inglesa un poco anticuada, sin partida automática ni volante, no hacía más que balancearse con las arremetidas de Sergio Cáceres que, casi en cuatro piés, le daba feroces vueltas al manubrio de la partida, produciendo únicamente un ronquido seco que no anunciaba la chispa.

—El motor debe estar ahogado, dijo otro; la llave de la bencina está abierta; y, si los contactos están buenos ¿por qué no andamos?

Después de nuevas revisiones, se vió que en realidad había un ahogamiento del motor. Remediada la falla, bastó una pequeña vuelta del enérgico puño de Sergio para que la hélice comenzara a blanquear la popa de es-

pumas alborotadas, y la lancha se largara a andar con estrépito.

Juan de Vásquez cogió el timón sentado sobre la borda, después de zamparse por la cabeza un grueso jersey marinero, porque las 15 millas del andar traían demasiado fresco.

—Venga bencina para el «chauffeur», gritó.

Y Rodrigo Sepúlveda que venía de cantinero, trayendo en la cabina de popa un pequeño arsenal de botellas y vasos, destapó una espumante de la chicha rosada de la tierra, de la famosa uva de Curtiduría, dulce y olorosa, predilecta de los veraneantes, al paso del tren.

Se agruparon al timón; la lancha traía cierto lastre a proa, y corría mejor cargándose a la hélice. Además los tumbos salpicaban demasiado adelante; y luego Juan de Vásquez era un charlador interesante, cuando había bebido dos tragos de más. Normalmente, tenía más elocuencia en el gesto y en los ojos expresivos; era avaro de palabras; pero el caldo de las viñas de su tierra le ponía en la lengua una fraseología decidora y sabrosa, sin pedantismo.

Además, venía a popa la única mujer de la partida: la esposa de Sergio Cáceres. El, matón y pendenciero, el Porthos de la comparsa, se había matrimoniado no hacía un año con una muchacha huraña, reconcentrada y misteriosa, pero con los ojos verdes más bellos del mundo. Daba una impresión de frialdad, al dar la mano o al conversar, generalmente con los ojos bajos, como si la luz la cegara. Mas, si sus ojos miraban frente a frente, o los dejaba vagar como perdidos en la lejanía, Elba de Cáceres tenía un aspecto desusado, de veras

seductor. La mirada franca, así como encendía de fulgores la pupila, parecía ir tiñendo de carbón, como una pequeña ola movible, el cerco de las ojeras. A la luz meridiana, aquella mujer que no podía ser llamada, de buenas a primeras, una belleza, poseía un triángulo soberbio: el verde de los ojos, el carmín natural de los labios y el trazo turbador del párpado. Todo en la gama de una piel mate, casi morena, en que la luz hacia brillar el tenue vello, como una pelusa de oro.

Los cinco hombres agrupados al timón—que Juan de Vásquez manejaba con mano experta—aunque nada pecaminoso pensaban de aquella única compañera de excursión, tenían que sentirse atraídos por la deliciosa figulina envuelta en pieles, recostada indolentemente, cubiertas las piernas exquisitas por un plaid escocés. Luego de aquel rincón, pese al olor de los cigarrillos y del sudor acre pero limpio de sus cuerpos de deportistas apasionados del baño, venía en oleadas la fragancia turbadora de "L'Emeraude de Coty" que empapaba las ropas femeninas.

Así el relato del timonel y dueño de la lancha, Juan de Vásquez, poseía mayor encanto.

—Hay embrujamientos; lo creo a mis treinta años en esta época del auto, del radium y de la T. S. H.....

—Estás vetusto y decrépito, interrumpió Raúl Daniez acurrucado sobre el piso de la lancha, quien ya no podía mostrar sus insultantes calcetines morados en el sombrío atardecer. Entumecía sus flacos miembros, metido en un raglan de gabardina, con el cinturón ceñido, que no le podía defender de la húmeda brisa venida del mar por el cajón de los cerros.—¿Cómo es posible creer en cuen-

tos de hadas a los 30 años? Yo sólo tengo 24 y no creo en nada.....

—Sí. pintas cuadros cubistas, saltó Rodrigo Sepúlveda; pero te mueres de frío; y a los 24 años ya te da vergüenza sacarte el sombrero para que no te vean la calvicie. Además, en pleno día, no conoces a nadie a dos metros de distancia. Apostaría a que ni divisas la más próxima orilla del río. Tú, si que eres decrépito.

«La decrépita gente pinturera»...comenzó Cáceres a recitar un soneto humorístico en boga, a causa de una polémica.

—No recites éso, musitó Elba a su marido, haciendo ademán de cerrarle la boca con su mano enguantada.

—¿Me dejarán contar mi historia? gritó Juan de Vásquez, dando un timonazo maestro para esquivar unas rocas a flor de agua, «las mellizas», que le había hecho olvidar la charla, al borde del peligro.

—Pero que hables fuerte; el escape libre de la lancha requiere buenos pulmones.

—Yo creo en los embrujamientos y en los hechizos, continuó Vásquez, encendiendo un cigarrillo. Y allá va la historia.

Los cinco hombres adelantaron las cabezas; y la mujer arregló mejor su boa de pieles, para dejar libres los lindos lóbulos rosados de las orejas.

—Un hombre hechizado... ¿Y esto les causa admiración a Uds.? Todos vivimos hechizados de la mujer que pasó, de la que nos sonríe ahora o de la que ha de llegar. Mientras nuestra vida sentimental no sepa del embrujamiento femenino, no vale la pena vivirla....

Yo supe de este embrujamiento fatal poco después

de haber comprado esta lancha a unos ingenieros mecánicos ingleses, que fracasaron en un astillero a la moderna. Los estafaron los carpinteros y calafates criollos de la ribera. Y de llapa vino el cesamiento de los negocios con los puertos salitreros, apenas pasada la guerra. Esta lancha fué el botín que me correspondió, pagado en pesos billete lo que había costado sus buenas esterlinas.

—¿Es conferencia financiera? rugió, a tosidos de tuberculoso, Daniez, el de los calcetines morados que pintaba cuadros cubistas. Si no hay sensaciones fuertes, prefiero la chicha rosada de esta tierra.

—No habrá sensaciones fuertes, mas las habrá de verdad, dijo hondamente el timonel del jersey marinero. Apenas compré la lancha automóvil, me dediqué a excursionar por el río. Luego este Maule bellísimo y amado es digno de la pasión. Es apacible o trágico. El viento, el sol; o la niebla y la pleamar que ensombrecen y alborotan el agua de súbito, transforman al río en un sendero movible, cambiante y traicionero. Suele ponerse peligroso; hay que ver que vamos navegando sobre diez metros de profundidad. Una vía de agua en la lancha, y mañana podríamos salir en una red de pescador, con el anzuelo de un espinel en la garganta...

La broma produjo un efecto fúnebre. Ya se navegaba a oscuras; y el pequeño fanal de proa, alimentado malamente por el mecanismo eléctrico anticuado, alumbraba apenas por delante un metro de aguas negras y alborotadas. La lancha cabeceaba más de lo necesario; y, como no tenía defensas modernas a proa, cada tumbo fuerte, roto en espumas, la hacía embarcar agua, que

el único sirviente, David, un muchacho risueño y bronceado, iba arrojando contínuamente por la borda con un pequeño balde.

En mis vagancias por la ría continuó Vásquez, me encontré una tarde con un espectáculo imprevisto. Hacía un sol de los mil diablos; como a las tres, y para revisar mejor el mecanismo de la lancha, pues practicaba mis primeras armas de chauffeur náutico, enderecé el rumbo a una ensenada deliciosa, cubierta de sombra a aquella hora por la mole del cerro. Uds. recordarán la «herradura de los chilcos», donde se han hecho tantos paseos. Aprovechando la corriente, paré el motor varios metros antes; la entrada de la pequeña bahía fluvial posee un molo natural de rocas, de modo que un timonazo diestro me haría atracar casi sin ruído. Iba solo con este muchacho David que baldea el agua que embarcamos.

Y, de veras, que me encontré, manos a boca, con un espectáculo imprevisto y encantador. Al desembocar mi lancha en la ensenada, una mujer joven que se bañaba con dos niños rubios, cerca de la orilla, dió un grito y con la sorpresa sólo atinó a salir del agua. Con galantería natural, yo grité, así mismo, diciendo:

—Perdón, señorita, perdón...

Mas, ya no era tiempo de volverse atrás. La mujer, que era casi una muchacha, bellísima, de una silueta estatuaria, surgía del río como una divinidad griega. Era una rubia de ojos oscuros con una piel más morena que la espesa y larga mata de oro que se apagaba a su torso. Aquel año no se usaba todavía la melena garçonne. Y el cuerpo maravilloso, las piernas esbeltas y gráciles, los hombros exquisitos fueron un deslumbramiento para mis

ojos asombrados. Creí aquello una fantasmagoría, un sueño, un hechizo.

La adorable silueta desnuda desapareció rápidamente tras el follaje de los chilcos, por una alfombra verde y musgosa, que salía después de la pedregosa orilla. Grité a David que diera la marcha de nuevo para no molestar a los bañistas; pero, ni el muchacho, ni yo después, pudimos hacer andar la canoa; el motor se trancó. Estábamos condenados a jorobar a aquellos paseantes. La lancha se fué sobre la ribera, y fuimos a estrellarnos suavemente con una chalupa a remo, fondeada allí. Con el choque surgió una voz de acento extranjero y un grito de gringo legítimo y amoratado se alzó del fondo del bote.

Dos exclamaciones:

—Salud, Mister Flyer...

—Oh, Don Yuan.

La cosa se pone interesante, dijo uno, y asintieron dos o tres. Porque Mr. Flyer tenía una historia romántica y sombría.

—Nelly Flyer musitó casi imperceptiblemente Elba de Cáceres, casi con un calofrío.

—El gringo estaba borracho, como de costumbre; dormía en el fondo del bote mientras su mujer se bañaba con los dos niños del primer matrimonio.

Todos se sabían la historia del viejo Flyer, pero ignoraban que Juan de Vásquez hubiera tenido que ver algo en aquellas andanzas. Y la novedad les cerraba la boca para no perder una sílaba entre el estrépito del motor.

El inglés había sido uno de los más progresistas constructores navales del puerto. Su astillero fué de los más afamados. Mas, cuando sus negocios marchaban viento en

popa, su mujer, a la que amaba mucho, murió de una súbita enfermedad. Aquella desgracia fué el comienzo del fin.

—Qué simpática persona era el gringo Flyer, interrumpió Rodrigo Sepúlveda, pasándole un nuevo vaso al narrador. Pero mira que matarse porque lo engañaba su mujer. A quien se le ocurre casarse por segunda vez y con una polla tan joven como la Nelly... Eso es de novelas.

—Y perfectamente anticuado, de novelón folletinesco, terció el pintor Daniez, que se entumecía cada vez más con la brisa húmeda del río, soñando con atracar a tierra firme y entrar a una sala abrigada y luminosa.

—Cállate y bebe, le dijo otro, que sentía viva el ansia de conocer una nueva traición amorosa.

El motor trabajaba maravillosamente; y ya se divisaba la mancha más clara del cielo, proyectada en el raso de la noche por las luces de la población. El foco del extremo del muelle cintilaba como una lejana estrella roja.

Sólo diré, continuó Vásquez, que bebimos largo con el gringo en la «Herradura de los chilcos». El llevaba whisky en el bote, y a mí tampoco me faltaba en la canoa. Nelly, ya vestida, se había unido con nosotros; y el hechizo estaba allí vivo, luminoso y adorable.

—¿Quién iba a figurarse que tú «*también*» que estabas de novio entonces, dijo Artemio Valín, mudo hasta aquel momento, arrebujado en su manta de vicuña.

— El hechizo me quemó el alma y la carne como una brasa, prosiguió Juan. Arreglado el motor de la lancha, remolqué el bote de Mr. Flyer, porque ya era tiempo de regresar al puerto. El no quiso pasar a mi lancha; se fué con los dos niños, talvez bebiéndose los últimos conchos de las botellas, y Nelly pasó a la canoa, con su

consentimiento. Puse a David al timón y nos sentamos juntos con ella. Nelly, en un comienzo de anochecer como éste, parecía vestida de una irradiación y de un perfume extraños y avasalladores.

—El hechizo... qué poeta te estás poniendo, dijo Raúl Daniez.

—Detalles, detalles, rugió como una jauría el resto de la comparsa.

—¿Para qué detalles? Nos prometimos amarnos para siempre, y guardar un secreto absoluto. Antes de llegar al muelle, Nelly se pasó al bote. Su marido dormía. No era entonces ella como fué después. Talvez fuí yo su primer capricho...

—Quién sabe si no fuiste tú el primero, dijo Valín con canallería.

—Pero el hechizo me mordió mucho tiempo el alma, como Uds. no se figuran. Tal que en las novelas, soñé hasta con matar a Mr. Flyer. Nelly podía haber hecho de mí lo que hubiera querido, hasta un criminal.

Después de mi ausencia, cuando tuve que irme al Norte mandado por el Gobierno, supe todos los abismos a que ella había descendido.

—Claro; y el gringo se mató por fin...

—Y yo no dejé de quererla nunca, concluyó Juan de Vásquez; el recuerdo me embriaga todavía. Esta lancha debe guardar talvez en algún intersticio algo de su perfume; corrimos locamente por el río, a toda marcha, en tantas ocasiones inolvidables. Algunas de nuestras excursiones por la Isla Orrego, en noches de luna, nos hacían vivir la apasionada página de «Entre Naranjos» de Blasco Ibáñez...

Más tarde supe cosas atroces; dicen que hoy es una perdida, en Valparaíso; pero yo no la olvido nunca.

—Romántico, dijo alguien con cierta envidia.

* * *

Ya llegaban al muelle. Un viraje maestro, a motor parado, llevó a la canoa a atracar suavemente a la escalinata del muelle.

Nadie vió que, en la confusión del desembarco, la mano ardiente y pequeña de Elba de Cáceres se unía apasionadamente al puño áspero y recio del narrador.

—Que no se caiga nadie, gritó con su hermosa voz de barítono, Juan de Vásquez, mientras miraba ascender la silueta encantadora, pegada a la ancha espalda de Sergio.

La comparsa le dijo las buenas noches desde lo alto del muelle.

Después, el muchacho David, cuando llevaban la lancha al fondeadero, observó ingenuamente:

—Qué buen perfume ha quedado en este rinconcito, patrón.

Juan, manejando el timón, de pié, no contestó una palabra. La noche estaba cargada de electricidad. Una niebla baja, arrastrándose sobre el río desde la barra siniestra, y que enrarecía el aire, le abrió la boca en un suspiro ronco y viril.

Recordaba la suave manecita que su mano ruda acababa de aprisionar fugitivamente; un milagro inesperado, un hechizo nuevo que le evocaba a la otra, a la perdida.....

LA CACHI

¿QUIEN hace estos pequeños senderos en la falda empinada que nadie transita? La hierba aparece hollada por plantas leves e invisibles. ¿Habrá misteriosos dueños y dueñas del cerro, diminutos gnomos que habiten la casa de piedra y que correteen allí en la paz de la siesta o en las noches de luna? Me encorvo hasta hacerme un ovillo para atravesar los pequeños túneles bajo el follaje de los guañiles espinudos, perfumados de florecillas blancas, sin más belleza que su picante fragancia. Los maquis muestran sus racimos de mostacilla negra, arrugada ya por el sol avanzado del estío. Algunas tencas chirrían su grito desagradable caminando a saltos de sus feas zancas sobre las hojas verde-oscuras. Un grupo de tordos bulliciosos ha ido a posarse sobre la copa graciosa de un maitén cercano, salpicado de los granitos rojos de sus frutos. Asciendo resbalándome sobre la amarillenta alfombra de las teatinas; aprovecho como jalones los cactus redondos como una gran concha de erizos, pintada de verde y blindada de púas amarillas. ¿Por qué milagro, de aquella fea verruga terrestre brota la airosa vara de azucenas rosadas? Así mismo, los cardones yerguen el esbelto tallo de su

floración—toda belleza, perfume y miel en la primavera—de entre la maraña apegada al suelo de sus largas y carnosas hojas ribeteadas de garrudas espinas. Ahora, en el estío, los redondos tallos secos se yerguen como altos mástiles, en cuya cima los mazos de los peciolos y corolas endurecidas por el sol, se abren a todos los lados como antenas.

Falta poco ya para la casa de piedra donde debemos juntarnos con la Cachi, a quien su madre envía a raspar la «cachancura», que hervida, da una tintura indeleble y rica. La madre de la muchacha es tejedora, y su telar famoso en el contorno. Como yo he tomado la falda del cerro casi en línea recta y hay macizos de follaje que me ocultan, me he ido agazapando para sorpr ender a Cachi. Siento ya el rasguido del cuchillo sobre la piedra; tan sólo nos separa una espesa cortina de mayos y cardales. Empuño el cuerno, regalo de Leandro el viñatero, que llevo colgado a la bandolera en mis vagancias por el cerro, y el ronco són estalla resonante en la placidez de la atmósfera y retumba en ecos multiformes por la lejanía. Vuelan algunas avecillas asustadas y se oye el eco cristalino de una carcajada, y una voz alegre y ruidosa:

—Patrón Maño había de ser! Buen susto me ha dado, Su Mercé...

Encuentro a Cachi de rodillas, semi incorporada sobre el lomo de la casa de piedra, apoyada en ambas manos, sin soltar la cuchilla con que raspa el muérdago de la roca. A su lado, el pequeño cesto de mimbre que se va llenando de cachancuras. La acompaña, como siempre, su hermanito menor, Cachicillo, como yo lo nombro;

en cuclillas sobre la piedra semeja un pequeño ídolo cobrizo.

—¿Por qué nunca te encuentro sola?

—Mi mamita no me dejaría venir entonces... ¿Y pa qué?

—Porque te quiero, Cachi, y los que aman aborrecen los testigos.

—¡Pa qué quiere un rico a una pobre!

Aquella es su eterna respuesta ingenua.

La Cachi no tiene un rostro perfecto, ni facciones de estatua griega, pero en su desaliño de muchacha criolla posee toda la gracia de la campiña en que ha nacido. Su tosquedad es armoniosa en el ambiente; su morenor apetitoso, como el de las guindas silvestres. Hay dulce negror de maqui en sus ojos pequeños, rústico arrebol en sus labios sensuales y carnosos, fecundidad de mazorca fértil en su cuerpo joven y robusto. Las mismas manos toscas, regordetas y morenas, cuelgan sabrosas como un puñado de cóguiles.

—Déjeme, ¿pa qué me toma las manos?

Bajo la pobre joven piel, escoriada por el trabajo, se siente el latido generoso y ardiente de la sangre pura y sana como el hálito de los montes.

—Cachi, bonita como un lirio del campo, la musito al oído, más dulce que un higo de pura miel, más alegre que los fuegos de la Cruz de Mayo, más viva que una cabrilla retozona, más sabrosa que la harina de la piedra, más tierna que la pulpa de la uva, más ardiente que la brasa de los roces... Te quiero!

La tarde se nos va en el dulce coloquio. Del llano suben los rumores postreros del trabajo. Se empurpuran

los copos de nubes de los cerros costinos. Nos despedimos en el cruce de un sendero, y mientras ella se aleja con su hatillo de cachancuras en la mano, bañada en el resplandor rojo del ocaso, yo desciendo con el corazón gozoso haciendo resonar la trompa de Leandro. Primero uno, después otro, de todo el confín me responden los cuernos de los viñateros desde sus rústicas ramadas. Un peoncillo vagabundo, de regreso al rancho, se perfila en el recodo de un sendero haciendo sonar en un pito de caña una tristona melodía primitiva. Pasa un rebaño envuelto en una nube de polvo que dora el arrebol. Aquí y allá entre los herbajos, don Diego de la noche comienza a abrir sus blancas corolas. Pronto la tierra cauquenista se dormirá bajo su alfombra de viñas, de huertas de secano y de fragantes espinos, herida por el resplandor maravilloso de la Cruz del Sur, de las siete cabrillas, de las Tres Marías y de las Tres Chepas...

EL MUELLE DEL DIABLO

EL North West—como dicen los marinos—levantaba olas enormes, de un verdor de tempestad. Ya se adivinaba la niebla en las oscuras nubecillas que se amontonaban por el lado del Faro. El sol ardiente de Febrero evaporaba en tenues humos la espuma de la marejada.

Yo servía de cicerone. Del grupo juvenil que me seguía, solo unos cuantos habían subido sobre el bloque de piedra. La verdad es que yo mismo, que como conocedor me había colocado en el extremo, desafiando la salpicadura de la rompiente cada vez más amenazadora, solía sentir deseos de fuga cuando las olas rebalsaban por los costados de la roca y dejaban momentáneamente solo una isla seca.

Mirado desde cierta distancia, el Muelle del Diablo tenía la apariencia de un buque encallado con la proa al mar. Las olas, en su asalto continuo habían ido comiéndose la roca por debajo; y, así, aquella punta de granito labrada por el agua furiosa tomaba la elegante apariencia de la proa de un acorazado. Trepando sobre ella, cobraba mayor aspecto de muelle; hasta se veían florescencias de la roca que simulaban la forma de las cabezas de yunque férreo que sirven para amarrar las barcas.

¿Por qué lo llaman "Muelle del Diablo"? preguntó Luisa Yánques, una morena encantadora, cuyos ojos pardos desbordaban siempre de curiosidad.

Comencé a contar las historias que había oído de otros labios rudos, en el "Alto de los Mariscadores", allí vecino, donde los buzos rústicos habían levantado abrigos de algas y de piedras para defender del viento marino las fogatas en que recalentaban sus cuerpos desnudos. Eran relatos de una trágica fantasía, como las espeluznantes consejas que los viejos criados relatan a los niños, al amor de la lumbre.

Los mariscadores contaban que en las noches de luna, cuando ellos querían aprovechar las bajas mareas nocturnas para su trabajo, habían visto muchas veces una alta figura negra, algo como un hombre embozado en su capa, que aparecía de pié en el extremo del muelle de piedra. Ellos se santiguaban al contemplar la aparición, y nada más; nunca les había venido un mal de la figura siniestra. Hasta la creían de buen augurio porque, el marisco parecía abundar más cuando al extremo del molo se perfilaba, a la luz de la luna, el extraño visitante. Mas, cuando ya comenzaba la alta marea, sobre todo en el invierno, cuando la nortada ponía bravo el mar, traicionero y feroz en aquella costa cruzada de rocas, sitio de tantos naufragios; algún mariscador retrasado que se había quedado adormecido al calor de la fogata, en que chisporroteaban los huiros, había visto a la figura negra, abrir los brazos, tal dos alas negras, y elevarse como un enorme murciélago sobre el mar.

¿Hácia dónde volaba el pájaro siniestro?

***

"El Chano", un viejo mariscador cobrizo, de barba cenicienta, que tenía su rancho en el médano, y sólo vivía de los productos del mar, salía por las noches para recoger los despojos de la playa: varamientos de peces, lobos marinos, muertos por los balazos de los turistas, mariscos rodados por la fuerza de las olas y aún restos de lejanos naufragios.

En una noche lóbrega, cuya negrura no alcanzaba a disipar el mezquino chorro de luz del faro, envuelto por la niebla, y en que el mar alborotado por la furia de los elementos, levantaba olas gigantescas, cuyas reventazones extremecían la playa como un terremoto, "El Chano" había escuchado la ronca y angustiosa sirena de un barco en peligro. Se había quedado a la expectación. Eran tan frecuentes las catástrofes marítimas en aquella costa.

Había encendido en la playa una pequeña fogata de algas, cuando, al fugitivo paso de la luz del faro, había visto levantarse desde el extremo del "Muelle del Diablo", como un enorme murciélago, al siniestro visitante de la roca, en dirección a alta mar. Como, cuando en tierra, alza el vuelo una ave de rapiña hostilizada por los pájaros que adivinan el peligro, un revuelo de pesadas aves marinas perseguía bulliciosamente a la enorme ave misteriosa.

La sirena del barco en peligro continuaba sonando con angustia cerca de las peligrosas rompientes. Una luz roja fugitiva solía iluminar la cresta de alguna de las olas

enormes. Después calló el toque de auxilio y la luz errante no apareció más, vacilando entre la negrura.

Media hora después, la playa comenzaba a cubrirse con los restos del naufragio: trozos de madera, cuadernas de botes, sacos de víveres, puertas de camarote. La furia del mar lo despedazaba todo en pocos minutos. A la madrugada, salieron los primeros cadáveres. Nadie de aquella costa se había dado cuenta del siniestro, entre los rugidos del viento y de la marejada. "El Chano" se aprovechaba de aquella soledad para acumular los restos más valiosos del naufragio, antes de que llegaran los otros y le disputaran la presa. El no pensaba en auxiliar a nadie. Vivía del mar y el mar le daba aquella fiesta. Y luego, que nadie podía salvar arrojado sobre aquellas trágicas rompientes, donde tantos barcos se habían hecho pedazos. La furia del mar no dejaba llegar a la playa a alma viviente.

"El Chano" comenzó a despojar los cadáveres que las olas iban arrojando en la playa. Y cuando echaba mano sobre uno de los cuerpos inertes, un revuelo pesado y silencioso se abatió sobre él, que huyó dando un grito. El enorme murciélago del "Muelle del Diablo" le había arrebatado su presa. Era el cadáver de una mujer y sobre él había caído el maldito. Un instante después, la gigantesca ave negra se descolgaba sobre otro cadáver; y así sobre los que el mar iba arrojando. "El Chano", inmovilizado por el terror, no tenía ni fuerzas para gritar... Así le encontraron a la luz del día, alelado y embrutecido, los primeros mariscadores que llegaron al sitio del naufragio.

En el cuello de casi todos los cadáveres una pequeña

herida rezumaba de sangre coagulada, como si hubiera sufrido la succión de un vampiro; dos mujeres semi desnudas tenían el pecho abierto, y les faltaba el corazón...

Cuando los mariscadores le interrogaban, "El Chano" abría los brazos, como dando la sensación de volar y señalaba, santiguándose, el "Muelle del Diablo", donde los otros habían divisado, así mismo, otras veces, la figura negra al resplandor de la luna.

HISTORIA DE UN PERRO

EL perro es un compañero comprensivo. Nos sigue, nos menea la cola, adivina nuestras miradas, no tiene vergüenza de querernos, es infantil como nosotros; salta, gruñe, ladra; nos acompaña horas enteras. ¿Sabéis, vosotros, los que en vuestros juegos no habéis tenido la suerte de contar con un hermano o compañero de vuestra edad, lo que significa la devota lealta d de un perro?

Arrojáis un pedrusco por la avenida enarenada del jardín:

—¡Zus, Ron, allá va!...

El animal vuela, se martiriza las patas y se mella los dientes por alcanzar la piedra suelta que pertenece a su amo y tener la dicha de depositarla a sus pies.

—¿Ves?, le dice con la mirada húmeda y casi humana de sus ojos: así te pago yo los puntapiés que me has dado...

El Ron fué obsequio de un compañero de Liceo.

Aquel pobre mozo era la irrisión del curso, porque además de sus años, usaba chaquetilla corta, pantalón bom-

bacho y zapatos de tacón alto, que aún guardaban las huellas de las grandes espuelas.

¿Cómo simpatizó conmigo, que, a la edad de la primera comunión, me tragaba las ecuaciones y los cosenos con la misma facilidad que las pastillas de café con leche de que me hartaba la tía Dolores?

Tal vez por el contraste. Mi rostro pálido, casi exangüe, de chiquillo regalón y precoz que se sabía las lecciones sin tropiezo, debió llamar su atención de mozo primitivo y rehacio a los libros, que sufría las nostalgias de la tierra...

La tierra nos unió. Un día se acercó a mí. Me habló de que su padre tenía una pequeña propiedad, colindante con la de mi familia. Recordó caballos, costumbres huasas, gallardías de jinete experimentado, mozas que ya lo amaban, bulliciosas cuecas que ya había bailado, tonadas campesinas, ceremonias campestres; rodeos, topeaduras, "esquilas", "señalas", "marcas" de ganado, trillas; toda la bizarra película de las faenas campestres, gratas a todos los chilenos.

Me congracié con mi condiscípulo. Cuando hablaba de aquellas fiestas campesinas, se iluminaban sus ojos, imbécilmente adormilados; y los belfos gruesos y estúpidos como los de un rumiante cobraban la sonrisa de los bellos campos primorosos con que sueña el colegial, inclinado sobre los libros de su banca, apenas comienza a soplar el tibio y loco viento primaveral.

Yo no me avergonzaba de aquella amistad de mi compañero de curso, Tadeo Armijo. Había alcanzado cierto prestigio intelectual entre mis condiscípulos, y así, era yo el que honraba al otro. Además, fuí muy independiente desde mi niñez. Hacer de mi capa un sayo vino a ser el ideal de la vida con que abrí los ojos al mundo. Armijo podía ser la irrisión de los demás; eso sí que de lejos, distante de sus puños formidables; pero tenía para mí un atractivo invencible. Sabía de todas las hazañas de los jinetes huasos, las podía ejecutar él mismo, ¡cuántas veces lo había efectuado! La vida campesina no tenía secretos para él.

Yo, niño ciudadano, pegado a las faldas, que solo conocía el campo, en las anheladas vacaciones—cuando la familia se iba al fundo,—miraba como a un héroe a aquel muchacho grandullón, fuerte y robusto, rudo como los tranqueros de una cerca, que sabía tirar los caballos, enlazar un novillo a pehual, bailar cueca y todavía tener un amor... Me lo había confesado. Se llamaba Victoria y tocaba muy bien la guitarra. Era muy cortejada por los mozos de edad, pero guardaba sus preferencias para Tadeo Armijo.

—Cuando vaya al fundo en el verano, yo trataré de que haga una arrancadita para que conozca a la Victoria, me decía frecuentemente Tadeo.

Tanto me habló mi rústico amigo de aquella mujer, que terminé por figurármela a mi antojo. En el corredor de mi casa, había un cuadro español antiguo. En un patio sevillano, bajo un emparrado que dejaba filtrar el sol por entre los verdes pámpanos, se veía a una mujer joven y hermosa de ojos grandes y negros, que llevaba gran-

des pendientes en las orejas. La bella andaluza pulsaba las cuerdas de una guitarra, y un chulo con la mano en la cadera, apoyado en uno de los pilares del emparrado, se la comía con los ojos. Yo me figuraba así a la Victoria, y aún veo colgar los grandes pendientes de los rosados lóbulos de sus orejas diminutas.

Pero, el mejor recuerdo que conservo de Armijo fué el obsequio que me hizo de Ron, el perro favorito de mi niñez. Cuando lo recibí, cachorro, de sus manos, casi me volví loco de contento. ¡Pasión de niño, entusiasmo de los catorce años!

No tenía Ron el prestigio ni las elegancias de la raza. ¿De qué raza sería? Tal vez podía ser vulgar en su pelaje pardo, áspero y largo como el de los perros policiales. Solo un collar blanco disonaba en la uniformidad del color. El hocico era puntiagudo y los ojos inteligentes y vivos. Mi abuela quiso que le cortaran la cola. La buena señora tenía la debilidad de esta mutilación. Todos los gatos de la casa eran «chocos», como el quiltro faldero que se acurrucaba a los piés de ella, junto al brasero.

Yo no quise consentir en aquella crueldad y me valió ser su regalón para triunfar. Tal vez, en aquella repugnancia invencible de mi criterio infantil, entraba por muy poco la piedad. Era otra cosa: la inconsciente y oscura anunciación de mi amor por la naturaleza, que debía manifestarse después en el adulto, el respeto a la obra de Dios, tan sabia y tan elegante en el árbol y en

la hierba, en la estrella y en la ola, en todas las cosas que salieron de sus manos.

No tuve mejor compañero que Ron en los juegos de mi niñez. La disciplina del hogar lo tenía relegado a la perrera, en mi ausencia. Pero apenas llegaba del Liceo, nos desquitábamos ambos. El viejo y enorme caserón se poblaba de bullicio, de carreras, de saltos, de gritos y ladridos. Cansados al fin, de aquellos juegos, reposábamos sobre el césped de la huerta. Ron se sentaba frente a mí, con su gesto habitual, ladeando la cabeza inteligente, con una oreja levantada como para oirme mejor. Entonces, yo extraía alegremente de la faltriquera alguna grata golosina, grata para ambos.

—¿Ves, Ron? La mitad para mí; la mitad para tí; pero despacito, muy suave, como un caballero; no hay que demostrar un apetito desmedido.

Ron avanzaba el hocico con delicadeza de «gourmet», y engullía gozosamente el bocado.

En seguida, ladeaba la cabeza, ansioso de no perder una sílaba y contestaba con un ladrido inteligente, parándose de un salto y poniéndome las patas sobre los hombros.

—¡Qué buen sujeto era aquel perro y cuán pocos amigos he tenido que me quisieran como él!

¡Fué una tragedia!

Llegaba yo con mis libros bajo el brazo. Atravesando el ancho zaguán que dejaba ver desde la calle la maravilla del jardín, en la dormida ciudad provinciana, cuna de viejos próceres y austera, con la vieja honradez

provinciana, que no necesitaba ni de las mamparas ni de los porteros de las grandes poblaciones, eché de menos el ladrido de Ron.

La disciplina del hogar se había roto un poco. Mis ruegos habían obtenido que soltaran a Ron de su casucha a ciertas horas, sobre todo antes de almorzar, para que jugara conmigo.

Y mi fiel compañero, en el último tiempo, me esperaba en la esquina de la Plaza, frente a la Intendencia, a media cuadra de mi antiguo solar. Solía echarse a jugar con los perros del Intendente, del Alcalde o del Juez, que respetaban los policiales y dejaban esparcirse sobre el verde césped de los jardines.

Y cuando yo atravesaba la Plaza en sentido diagonal, para ahorrar camino, me sentía, de repente, asaltado por la carrera loca del perro, que saltaba, gemía y ladraba, ensuciándome el traje con las patas húmedas de barro.

Yo se lo presentaba a algún compañero del Liceo que iba conmigo.

—Es Ron, mi perro, obsequio de Armijo... Tú te ríes de Armijo, pero me ha dado esta alegría. ¡Dichosos y buenos los que nos dan una alegría!

—Sólo un poeta puede embellecer a Armijo... Si ya le has hecho versos a tu perro en «La Voz de Paleuque»... A mi mamá le gustaron tus versos, pero dice que tal vez no sean tuyos. Los halla parecidos a unos de Peza. Pero es muy simpático tu perro.

Ron nos miraba, ladeando la oreja con su gesto habitual. El contestaba por mí, saltando con locura, precediéndonos para volver a invitarnos con un ladrido juvenil.

—Sigue tu camino, nos decía en su mirada húmeda y casi humana.

Pero aquel día, despues de las clases de la mañana, en que me vine solo del Liceo, no me recibió Ron ni en la Plaza ni en la puerta del hogar...

—Lo habrán amarrado, pensé yo.

La gaviota del jardín, con sus alas mutiladas, grande y buena amiga de Ron, al que despulgaba en las perezosas siestas, bajo los naranjos florecidos del patio, tampoco hizo cantar sus extraños alaridos nostálgicos del mar ausente. Dejé mis libros en mi cuarto y salí presuroso al corredor.

Di un silbido y lo llamé.

—Ron, psch ¡Ron!

El perro no venía.

Sentí un cuchicheo en la salita azul, que tenía de este color los muebles, el papel y alfombra, todo... Era una coquetería de solterona de mi tía Dolores.

Por el vidrio de la puerta, limpio de visillos, divisé un grupo de cabezas que se inclinaba sobre la alfombra.

La enorme casa parecía muda. La vida se había concentrado tras del bruñido cristal de la salita. Languidecían las plantas del jardín al sol de un medio día de Diciembre. Bajo la sombra de los naranjos, solía verse y sentirse el lento caer de los azahares...

Caminé por el amplio corredor de rojos ladrillos y de postes labrados a mano con arabescos coloniales, rumbo a la habitación en que estaban todos reunidos.

—¿Qué habrá? decía para mí, ¿qué será?...

No alcancé a entrar cuando mi tía Dolores me detuvo. Oí la cascada voz de mi abuela, que gritaba desde el

interior, creyendo que yo no la oía, porque era un poco sorda:

—Saquen el perro, para que no lo vea el niño. ¡Pobrecito, ya no tendrá con quien jugar!

Yo escuché las sabias palabras de la abuela. Era el único niño de la vieja casa solariega. Allí me entristecía prematuramente bajo la sombra de los naranjos centenarios, como un monje precoz.

—¡Sáquenlo! gritaba la abuela con su cariñosa voz cascada.

No lo alcanzaron a ocultar. Ví entre las manos de los sirvientes, una cosa rígida, mortecina; el pelaje oscuro y pardo que había acariciado tantas veces. Los ojos inteligentes, casi humanos, aparecían vidriosos, extraños, con algo de eternidad.

Rompí en sollozos:

—¡Pobre Ron, pobre Ron!

Mi abuela me cogió en sus brazos y me besó en la frente:

—No llores, niño, hay una cosa que los hombres no deben hacer, y es llorar.

Pero ella, la buena viejecita, tenía los ojos húmedos.

Si no lloro, abuela. Lo enterraremos bajo el aromo.

—Sí, hijo, lo enterraremos al pie del aromo; fué tu amigo.

Y, después de una pausa, la anciana añadió con la hierática solemnidad de sus arrugas:

—Los perros son mejores amigos que los hombres. ¡No lo olvides, chiquillo. A aquella edad, la vieja frase ya no era nueva para mí!

TIERRA
DE
NAUFRAGIOS

LA baja marea replegaba el mar muy adentro, como una cortina suspensa de los primeros contrafuertes de las rocas a flor de agua. Quedaba un ancho trozo de playa con la arena endurecida y brillante como un espejo, sobre la cual ondulaban las sombras cambiantes de la cabalgata. Allí se podía galopar sin que las bestias se hundieran pesadamente, cubiertas de sudor, como en la alta marea.

—¡Qué bueno es correr así! ¿Ves? Alanés ni se agita... Así no llorarás porque tu caballo se cansa y no me harás cargos. ¡Claro, como es tu regalón!

—Chiquilla, qué mala eres... ¿Sentir que Alanés se cansara llevándote a tí? Fíjate en lo orgulloso que va, porque conduce a mi bien amada. ¿No has notado cómo sonríen los caballos? Las orejas se tienden atentas hacia adelante, toman la cabeza y el cuello una actitud airosa y las fauces abiertas y alegres dan fugaces resoplidos de satisfacción.

—Alanés no va así; si vuelve la cabeza es para mirarte; y eso toma las proporciones de un reproche. ¿Por qué mi amo ha preferido hoy ese antipático mulato, que sólo en este verano ha llegado a las pesebreras? Es un

ingrato; me ha entregado a la inexperiencia de esta locuela, que ni sabe sentarse en la silla...

—Tienes mucha fantasía. Alanés dice todavía más: ¡Con qué buenas ganas la botaría, si mi amo no la quisiera tanto! Eso dice mi caballo regalón.

—No te creo...

* * *

En grupos, en parejas se han dispersado todos, al tranco de las cabalgaduras. Hemos tenido la suerte de quedar solos con Rina. Alanés y el mulato marchan muy juntos, con la rienda suelta, como por un secreto convenio, a pesar de que son jóvenes y briosos animales de buen araza, que gustarían de correr sin freno, por la extensión sin término de la playa.

Le cuento a Rina que muchos barcos han naufragado allí. En mis labios se suceden las historias trágicas.

—¿Ves aquella gran roca cubierta de lobos marinos que se desperezan al sol? En el naufragio de un bergantín francés ocurrido en pleno invierno, los pobladores de esta costa inhospitalaria, desprovistos de recursos de salvamento, debieron conformarse con ver a la distancia, cómo el mar furioso iba arrebatando víctimas a cada golpe de ola. Al fin, no quedó ninguno de los que habían conseguido refugiarse, nadando, sobre la roca. Los desdichados alzaban los brazos al cielo y gritaban pidiendo auxilio. ¿A quién? Sólo Dios podía hacerlo.

—Nombras a Dios, dice élla, y sólo vas a misa cuando ya todos los fieles van saliendo:..

—Es que Dios se contenta con que yo vaya a esperarte a la salida. Porque eres la predilecta de ambos.

* * *

La cabalgata ha echado pie a tierra. Los servidores se llevan los caballos y, mientras abren los canastos del pic-nic playero preparando las once, cada uno se acomoda lindamente sobre la arena. Aún el mar no comienza a llenar. Donde principia el agua, vénse las estratificaciones de los escollos que han causado tantos siniestros y que se internan hasta más de una milla marina, desde el cabo más avanzado, sobre el cual se alza la blanca torre del faro.

Mientras hablamos, Rina ha trenzado, con algas de largos chicotes húmedos, un collar extravagante, de un color verde oscuro, que se armoniza con sus pupilas y con las venas que serpentean bajo la albura de la piel.

—Aunque tosco, el collar te sienta, le digo; tú embelleces todo lo que tocas. Tal vez por eso mi rudeza no disuena a tu lado...

—¡Cómo deseas que te elogien en lo que vales! —contesta,—pero no te daré en el gusto. ¡Así sois los literatos!

* * *

—Cuéntame otro naufragio... De veras, esta playa es tan encantadora de belleza como de tradición.

El mar, dora las mejillas de Rina con reflejos de durazno maduro. Ella, tan alba en la ciudad, ha tostado

su piel con el sol, y el viento loco y salobre del mar. En la base del cuello airoso y lleno, junto al borde de su blusa de amazona, la piel se asoma tal como es, una cinta blanca y tibia. El resplandor del sol, ya bajo, sobre las espumas blancas, y la arena húmeda y el agua dorada, ponen un delicioso reflejo en sus pupilas. Las pestañas parecen de oro...

Para algo soy poeta, la digo. ¿Sabes que me figuro tener junto a mí una sirena escapada del mar? Déjame cerciorarme de si tus pies son aletas con escamas, como esos mitos del océano.

No tienen aletas, nó. Antes de que, por un gesto de candor ingenuo, baje sobre sus pies el amplio ropón de montar, la visión de sus medias de seda transparente, que envuelven graciosamente los tobillos, me hacen decirla:

—Los bardos antiguos no tenían gusto... Son mucho más bellas las sirenas de hoy. ¿Cómo van a compararse las aletas mitológicas a esos pies tuyos exquisitamente calzados?

* * *

—Te contaré la última historia de naufragios de esta tarde. Tú serás el Sultán y yo la Scherezada. No habrá tragedia, sino un soplo de liviana aventura.

Fué en los años de 1892. El «John Elder», un vapor de 4,160 toneladas (perdona estos datos prosaicos), salió de Valparaíso a las 4 P. M. del día 16 de Enero con destino a Liverpool. Llevaba un cargamento de más de un millón de pesos y otro cargamento de más de un mill

de gracia: la Compañía de Opereta de Mr. Cleary, que había hecho furor en Santiago y Valparaíso.

Gente de teatro... ¿vez tú?... Música, bailes, alegría. Hubo fiesta a bordo. De súbito, cayó una espesa niebla sobre el mar. A la gente que se divertía adentro no le importaba aquel detalle. Pero el oficial de guardia llamó al capitán a las 2.20 de la madrugada para recibir instrucciones; el paraje era peligroso; aún no había Faro. La carta «South American Pilot» así lo establecía. El capitán, Mr. Herbard Perry, perdía el rumbo cada vez que se ponía a bailar con muchachas bonitas. Y subió al puente, malhumorado, sin preocuparse de la derrota del barco, para volver a ocupar su lugar en los lanceros que le esperaban para proseguir el baile. El buque corría con sus luces encendidas entre la espesa neblina. Las bailarinas de la Compañía Cleary eran encantadoras.

Pasaron los momentos, y a las 6 de la mañana la fiesta tuvo un término brutal. Una sacudida espantosa trajo la alarma y el pánico. Calló el piano. El «John Elder» naufragaba. Se echaron los botes. Vino la confusión horrible que acompaña estos accidentes. Más, por felicidad, estaban muy cerca de tierra. Nadie se ahogó. Las bailarinas de Mr. Cleary desembarcaron entumecidas y atónitas en esta misma playa, llevando aún sus escotados trajes de sarao. Y del «John Elder», a las doce del día, no quedaban más que fragmentos diseminados en la playa.

—¿Y no murió nadie?

—Nadie, chiquilla.

—¡Bah! Así resultan muy aburridas las historias.

Ella lo dice. ¿Será que esta fierecilla de ciudad, leve y

graciosa como una flor de cardo, suspendida por la brisa ame el intenso sacudimiento de las tragedias vividas?

La miro intensamente a los ojos luminosos. Sonreímos.

—Estás trágica. ¿Serías capaz de morir conmigo, aquí en esta misma hora? El mar nos acogería... Anda... Vamos...

—¿Morir?, dice. Estás de broma. Querría vivir siempre...

—¿Conmigo?

No ha dicho que sí. Nos llaman. Casi todos rodean ya las cestas abiertas. Los más glotones muerden ansiosamente las viandas. Y alguien empina un vaso lleno para brindar jubilosamente.

—Porque seamos tan felices como este mar eternamente enamorado de la tierra.

LA MUERTE
DE
ROSARITO

—¡QUE falta hace Rosarito!

—De veras: este vaso de leche no me sabe como antes.

—Y con qué gracia te vertía el coñac en la copa, a tí, bebedor inveterado.

—No me digas.—"¿Ya estará bueno don Lucas?, me decía. ¿Otro poquito... otro poquito? ¿no es cierto?" Y, ¡claro!, yo cerraba los ojos para que me echara más, diciéndola:—No quiero mirarte, chiquilla, porque eres toda tentación, la botella y tú.—"¿Iguales las dos, don Lucas?"—"No: tú mucho más que la botella..."

—Eso no te lo creeríamos nosotros, ni Rosarito...

—No sean crueles, hombres. ¿Se figuran ustedes que los borrachos no tenemos corazón?

—Y muy grande... Para algo estudié cuatro años de medicina. En el Museo Anatómico se conservan en alcohol (óyelo bien, Lucas) unos corazones de dipsómanos que, por lo hipertrofiados parecen hígados de buey...

—Ya ven ustedes, maldicientes, el trago hace los corazones más grandes...

Sentados en el corredor del fundo, alrededor de la mesilla habitual, madrugadores forzosos — porque sin hallar

en que matar la noche, de tanto dormir, teníamos que levantarnos de mañanita, tomábamos el rústico desayuno, en grandes vasos que nos traían de la ordeña cercana.

Rosarito presidía siempre aquel despertar campesino. Ella nos regocijaba el alma con la simpatía desbordante de sus dieciocho años. Para cada uno tenía una palabra amable. La queríamos todos, casi tanto como su hermano Ramiro, de quien éramos los huéspedes. Tampoco estaba Ramiro con nosotros en aquel momento. El médico llegó por la noche de Rauco, la ciudad más cercana, a 50 kmts. de "Los Boldos". A pesar del cansancio del viaje apresurado, había permanecido hasta la salida del sol a la cabecera de la enferma. Después se fué a descansar; pero Ramiro, que no pegó los ojos en tres noches consecutivas, persistía en no separarse de Rosarito. Bien pagada la ternura que los dos se tenían.

Así estábamos un poco tristes, en aquella mañana que bañaba de frescura y de sol el amplio corredor. La oscura mancha fronteriza de eucaliptus era rizada apenas por la brisa costina en los brotes más altos de la cima. Había amanecido en calma; el golpe del mar se oía suavemente al Sur. Los lobos no bramaban sobre las peñas, como cuando la marea rugía con Norte desatado, que cubría el paisaje de niebla o de polvo, mientras los árboles del parque natural que rodeaba las casas, quemados por las rachas marinas, se doblaban como débiles varillas casi volteadas de raíz.

—Dice don Ramiro que los espera en el comedor: que el café está listo, vino a decir un sirviente.

—Pero ese Ramiro, se va a matar, dijimos casi todos; debía reposar algunas horas.

—Ustedes no saben lo que es querer, masculló don Lucas.

Cuando entramos al comedor, Ramiro, muy pálido por la trasnochada, daba órdenes para que fuéramos debidamente atendidos. Después del ¡buenos días! habitual, la pregunta afluyó a todos los labios:

—¿Cómo sigue Rosarito?

El médico no daba una opinión franca. Antes de acostarse había expresado que debía esperarse la reacción del tratamiento.

—Ya veremos; no tenga cuidado usted.

Y luego, ante la insistencia del hermano:

—Sí, comprendo la ternura que les une; y los médicos también amamos, don Ramiro; calma, calma...

Ramiro no tenía aquella calma. Había dejado su taza servida y se había ido de puntillas a la habitación de la enferma.

Todos sentíamos la ausencia de la muchacha. Alfonso Rogat, el más joven de la comparsa, talvez el único que podía interesar el corazón de ella, miraba tristemente el asiento vacío y esperaba la dulce palabra, siempre repetida:

—Ya sé, Alfonso, cómo le gustan a usted las tostadas...

Ella se las daba preparadas de su mano, y nuestro amigo contestaba siempre:

—Qué ricas...

"Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera don Alfonso...

—Cuando a "Los Boldos" vino..." terminaba ella, riendo, la estrofa.

Y aunque al verso le faltaba una sílaba, el único poeta de la reunión se lo perdonaba de sobra, en gracia a los maravillosos ojos de Rosarito.

Don Lucas miraba, asimismo, tristemente al aparador vecino. Allí estaba la botella de coñac con la tapa de plaqué que simulaba una cabeza de borrico con las orejas enhiestas.

Rosarito no se olvidaba nunca:

—¡Don Lucas, un poquito!

—No, chiquilla, a mi edad se irrita el hígado. (Claro que don Lucas avanzaba siempre, si no la taza, los ojos de dipsómano y los labios sedientos). De manos de usted no importa un ataque hepático...

Todos reíamos, y ella alegraba el corazón del viejo acercando sus fragantes dieciocho años a la calva lamentable. Salimos al corredor a fumar un cigarrillo después del desayuno, cuando llegaba el correo del fundo.

Era una galantería de Ramiro. Cuando no había huéspedes, la correspondencia llegaba cada tres o cuatro días. Estando nosotros, existía un servicio diario, a pesar de la distancia al balneario de moda. Y seis caballejos chilenos, duros y sufridos, de la vieja raza de "Los Boldos", se turnaban para aquellos trotes de 50 kmts.

Había que ver la alegría con que recibíamos la llegada

del correo. Rosarito no faltaba tampoco a ella. Se encargaba de distribuir la correspondencia.

—Quiero ver, decía, las cartas que tienen letra femenina. Las conozco de lejos por su fragancia de perfumería, y la letra no me engaña nunca.

De veras que pocas veces se equivocaba.

—Es de mi hermana, le decíamos; es de mi mamá, se disculpaba otro.

Y, cuando alguno se echaba la carta al bolsillo sin romper el "sobre", ella se alejaba alzando graciosamente el dedo, como la Paquita Escribano en el célebre cuplet que había puesto de moda:

"Las iras de Dios desata
aquel que a traición nos hiere,
pues siempre el que a hierro mata,
bien sabes que a hierro muere..."

Allí estábamos rompiendo la faja de los periódicos, sin que hubiera unos ojos luminosos que nos miraran guardar en el bolsillo, con un gesto de indiferencia, la carta predilecta.

—Yo ahora no la guardo, dijo Brinez, con una carta de amor en la mano. Ahora la abro...

—Sí, le dije yo, no sentimos ahora el pudor de que una chiquilla tan buena, tan amada por nosotros, pudiera cerciorarse de una rápida llamarada pecaminosa en nuestros ojos...

—De veras, barbulló Alfonso, comenzando la lectura de una misiva de una dama de 35 años, un poco fósil y abundante de grasa, que abusaba de las facilidades del correo...

Después de almuerzo, nos fuimos de caza a la laguna, a pedido del mismo Ramiro.

—No se molesten ustedes, nos dijo. El médico ha aconsejado mucho silencio en la casa. ¿Por qué no van a tirarles a los patos como otras veces? En el escritorio hay tiros.

—Ramiro, ya sabes... quisimos protestar.

—Sí, ya sé; yo te llamaré inmediatamente, si hay peligro.

Don Lucas se tomaba del brazo de Ramiro:

—Déjame contigo.

Rogat también le suplicaba con los ojos. Todos le suplicábamos. Y ante la visión pálida y atormentada del hermano, agachamos la cabeza.

¡Triste caza aquella! Otras veces corríamos como unos niños. Rosarito, llevando un morral a la bandolera, era la presidenta de nuestras excursiones. No olvidaba el frasco de coñac para don Lucas, ni la última revista para mí, a quien la caza aburría; ni la botella de leche para Rogat, que sufría de dispepsia.

* * *

A la orilla de la laguna, habíamos cubierto de hierbas y champas arrancadas por nuestras manos, a Rogat y a Rodolfo Brinez, los dos mejores tiradores que sudaban bajo la cobertura improvisada, con sus escopetas de mampuesto para apuntar mejor, bajo el "camouflage", cuando llegó un propio de las casas:

—¡Dice don Ramiro que vayan!

—¿Qué? ¿Sigue mal Rosarito?

—Yo no sabría decir, señor; pero mandaron buscar el cura a Rauco.

Quedó allá lamentablemente olvidado el "camouflage" de ramas para sorprender a los patos de la laguna. No habíamos disparado un tiro.

Como en una carrera de Marathon nos encaminamos a las casas. A muchos cuerpos de distancia, don Lucas, cargado de las armas y morrales que habíamos abandonado nerviosamente, al saber la noticia en los bordes de la laguna, nos seguía fatigosamente. Rogat iba el primero, después yo y los demás.

Comenzaba a oscurecerse. Atravesamos por la extensa avenida de eucaliptus, fronteriza a las casas. Todas las luces se divisaban prendidas. Y luego un ir y venir de gentes: viejos servidores que traían un pollo para las dietas de la señorita; otros flores y avecillas domesticadas de que era ella tan aficionada. Habían sabido la enfermedad de la patroncita. ¡Dulce homenaje aquel de los fieles servidores!

Pero ellos, como nosotros, no pudimos entrar a la alcoba.

Algo de insólita gravedad ocurría allí, tras de la puerta cerrada a medias, que divisábamos desde el escritorio de Ramiro. La consigna de éste, ordenada por el médico, era absoluta.

—¡Que no entre nadie!

Entró alguien que se deslizó silenciosamente, sin que nos diéramos cuenta. Era Rogat. Comprendimos que él, más joven que nosotros, la amaba más que cuanto nosotros la queríamos.

En la nerviosidad de los acontecimientos, después de mucho fumar, salimos al parque. Nos sentamos en las baancs en la plazoleta de los eucaliptus. Por entre el ra-

maje se filtraba la luna. Allí mismo, cuando amainaba el duro viento de la costa, Rosarito nos cantaba canciones, los últimos cuplets de moda, que nosotros coreábamos, como unos alegres muchachos. ¿Qué diablos de simpatía había en su voz y en sus ademanes?

De súbito oímos un alarido; muchas voces de dolor. Corrimos en grupo hacia las casas. En aquel mismo momento, el Cura de Rauco desembocaba al galope por la avenida oscura.

—¡El señor Cura! Llegó el señor Cura, decían los sirvientes y los curiosos.

Apresuradamente, los mozos quitaron las espuelas y la manta al Ministro del Señor. Lo seguimos, husmeando la infinita pena.

La puerta se abrió, sólo para que entrara el sacerdote. En el umbral se cruzó con una doméstica que llevaba un recipiente purpurino de sangre. Una hemorragia atroz del pulmón desangraba a Rosarito.

Se mezcló con nosotros el ama, la vieja sirviente que la había dado sus pechos de joven.

Anegada de sollozos clamaba:

—Se muere mi linda, mi niña; Chayito se muere...

La hicimos callar entre todos.

Tras de la puerta sin vidrios, oímos claramente el comienzo de la plegaria bíblica:

—"Padre nuestro que estás en los cielos..."

Y a todos se nos doblaron las rodillas, y nuestros ojos fueron ríos de silenciosas lágrimas.

LA EMOCION

DEL

PILOTO

La canoa automóvil se encabritaba sobre las ondulaciones del río, cada vez más agresivas en la vecindad de la barra. Veinte metros más allá, comenzaba el oleaje turbulento por el choque del río con el mar; y allí las olas empenachadas de espuma, tenían reventazones soberbias, como enormes bofetadas de los músculos verdes e indomables.

Sólo hasta aquí dura nuestro «yachting» observó Blain, que hacía de motorista; más allá es peligroso y está prohibido por la autoridad marítima.

—¿I por qué?, protestamos nosotros con la imprudencia de nuestra completa ignorancia en las cosas marineras.

Porque más allá comienza el peligro; la corriente del río que se arroja a vaciarse en el océano es como una garra oculta bajo el agua verdosa, y una tarasca que pocas veces suelta. ¿Ven Uds. en aquel vértice del malecón una estatua de Mercurio, el de los piés alados, que extiende un brazo en dirección a la barra?

El dios mitológico que preside la imponderable belleza de este panorama de "La Poza", mutilado por nuestros bárbaros criollos que le arrojaban piedras a su estatua

y la apodaban despectivamente "el mono de La Poza", indica el límite de las excursiones por la ría.

Tenemos que virar; más allá corremos a la muerte... Salvo que Uds. insistan en que la desafiemos.

Vélez, el más joven de la partida, se había puesto súbitamente pálido; el agua mansa comenzaba a encresparse de veras, y una ola reventando en la proa nos había mojado lamentablemente.

La canoa, dócil al timón, hizo una virada maestra sobre el lomo de una "mar boba". Ya contra la corriente, el motor, con la tercera velocidad trepidaba en un esfuerzo supremo, pero no avanzábamos una línea, luchando contra la fuerte marejada.

—Te venceremos, gritaba Blain, apostrofando a la corriente; no hay cuidado, salvo que ocurra una "panne" y como no tenemos ni remos ni vela en la lancha, podríamos ser arrastrados a la barra; y entonces la primera ola grande nos haría huéspedes de Neptuno, con gran regocijo de los peces, sus súbditos...

—También hay sirenas, dije yo para borrar el sabor trágico de la suposición... y cuentan que son muy hermosas.

—Déjatelas todas para tí, exclamó Vélez con nerviosidad; yo prefiero cualquiera Maritornes de tierra firme. Venirle ahora a uno con sirenas...

Hubimos de soltar la carcajada.

Ya la canoa remontaba el río con velocidad que iba en aumento y que dejaba a popa una alborotada estela de espumas albas.

La tarde iba cayendo mansamente, sin las brisas cor-

tantes, ni las húmedas nieblas que solían turbar la dulzura del crepúsculo marino.

Una bandada de cisnes, como esbeltos príncipes del agua, pasaron nadando suavemente a unas cuantas brazadas de nuestra embarcación. Erguían los cuellos elegantes, y nos miraban con tranquilidad de señores.

—Hombre, cisnes... exclamó admirado Montiel que conocía el puerto por vez primera; y extrayendo una Browning de su bolsillo se aprestaba para disparar al grupo de las aves señoriales.

—Tú disparas, y yo que te entrego maniatado a los marineros de guardia en el muelle, como reo de un delito atroz, le gritó Blain, con un gesto demasiado enérgico para suponer una intención de bromear.

—Los cisnes son los regalones del puerto. Hacía mucho tiempo que no se les veía en el río; han venido talvez de un lago lejano, donde seguramente los ahuyentaron a tiros, como quería hacerlo Montiel. Digan si no es hermoso el espectáculo de la bandada rielando suavemente sobre el agua.

—Vélez, entusiasmado, cortó el incidente recitando a proa, con su hermosa voz de barítono, "La fuga de los cisnes", el bello poema de Augusto Winter.

En aquel momento, un bote a la vela, lleno de muchachos bulliciosos, se cruzó con nosotros en dirección a la barra. El sol, ya bajo, teñía la alta vela latina y el pequeño foque delantero con una dorada reverberación.

—Como ésos, desbordantes de vida y de alegría, pero de inexperiencia, así mismo, eran los cuatro pobres muchachos que la "barra", la hembra mala y traidora, se tragó hambrienta, no hace un mes. La bribona ni aún

quería devolver los cuerpos; los retenía talvez porque eran jóvenes y bellos, y a algunos los echó a la orilla atrozmente mutilados...

—Pobres niños, musitamos todos...

—No me digan, continuó Blain; yo no estaba en el puerto, pero he escuchado el relato de la tragedia de quienes la vieron muy de cerca. Se los llevó la misma corriente con que luchara nuestro motor y que hizo palidecer a Vélez, cuando comprendió que no avanzábamos una bordada.

Nadie alcanzó a auxiliar a los muchachos, cuando la embarcación volcada por las olas, en plena barra, los arrojó al agua. El mismo vapor que estamos viendo fondeado allí, echó al agua un bote, a cargo del primer piloto. Pero no pudo comprometerse en la furia de la marejada. Cuando el mar ha recibido una víctima, el oleaje se enfurece como picado de un misterioso acicate. El piloto que es amigo mío, que es un valiente hombre de mar, me ha contado que lloró como una mujer ante la inutilidad de sus esfuerzos por salvar a las jóvenes víctimas. Oía sus desesperados gritos de auxilio, les veía debatirse entre las olas furiosas, y él mismo estuvo en peligro de zozobrar por aproximarse demasiado al sitio de la tragedia.

—No cuentes más, dijimos todos a Blain, y llévanos pronto al muelle.

La emoción del piloto nos había ensombrecido, y ya en el muelle, sanos y salvos en tierra firme, le mostrábamos el puño a la barra, la "hembra mala y traidora", según la expresión de Blain.

EL REPECHO

EL camino es accidentado. Subimos primero la «cuesta grande» por una amplia vereda de caracol cuya empinada pendiente hace trabajar pesadamente a los caballos. De vez en cuando, a la repechada, debemos dejar el paso libre a las carretas montañesas que bajan a la ciudad cargadas de leña, de carbón o de maderas labradas para los astilleros. Un chirrido largo y angustioso—como un quejido—precede a los rústicos vehículos. Después, aparecen, al primer recodo, amenazando venirse encima de nosotros. Ante el yugo, el carretero hace desesperados esfuerzos sujetando la yunta para que baje al paso y no ocasione un vuelco. Los chirridos de los ejes de madera sin aceitar y los gritos agudos de los conductores nos ensordecen al pasar:

—¡Maravilla! «tesa»; ¡Moscardón!... te...e...e...sa...

El chivateo se alarga, y el eco lo hace restallar como un latigazo en las quebradas.

El paso de la caravana es pintoresco. En las carretas de carbón, han tejido sobre la camada algo como un gran cesto de ramas verdes, a menudo de avellanos, entre cuyas ramas oscilan los frutos rojos o parduzcos. El ces-

to va lleno de carbón y sobre el negro oscuro de la carga suele fulgir la mancha purpúrea de los brazados de copihues que los montañeses llevan para vender a los veraneantes del balneario.

Tras de la carreta, mujeres de traza gitana, con los cabellos atados por trapos chillones; y calzadas de zuecos de cuero, con suelas de madera, siguen pasivamente tras de su hombre.

—¡Pobres mujeres!, cómo vendrán de cansadas viniendo a pie, dice Irma.

—No se cansan; suben por instantes a la carreta; además estos montañeses tienen pata de perro...

—Pero los perros no andan con zuecos, Ramiro, apunta gozosamente la chiquilla.

Llegamos a la cumbre, y le decimos adiós al puerto. De la estación llega estridente el pitazo de alerta para los empleados del tren, que partirá una hora después.

Desde la barra hasta el muelle, reposan adormecidos en la mar los dos vaporcitos caleteros, algunos buques de vela y embarcaciones menores. La cumbre del Airén, cubierta por un girón de niebla, como un gorro caprichoso, no deja ver la caseta del vigía ni el palo de señales. Hacia el Norte, el cielo está claro y permite contemplar el dibujo de la costa, festonada de una guarda blanca, formada por la espuma del oleaje, y que va subrayando el contorno de la tierra hasta la lejana ensenada del Cuervo.

Nos hemos detenido un instante para que cobren aliento las bestias, después de la fatigosa subida. Y ahora nos internaremos en la montaña. Por donde los accidentes del terreno o los follajes no lo cubren por completo, se divisa

el camino retorcerse frente a nosotros, hasta muy lejos, hasta una altura que parece envuelta en un vaho azul y en que se alzan algunos robles escuetos y negros, como las rayas a la pluma de un dibujante caprichoso.

—¿Ve Irma?, la digo. Hasta aquella altura, después de dos horas de camino, no veremos nuevamente el mar.

—No importa, si el camino es bonito; y de esa altura y después de dos horas, ¿cuánto camino nos queda, Ramiro?

—¡Buf! Cuando lleguemos allí, veremos una, dos, tres, muchas alturas más, a la distancia, y tendremos que llegar a ellas, seguir caminando, caminando, como el judío errante, muchas horas, muchas horas.

—Ud. me quiere asustar, Ramiro; pero la Rosarito ya me ha dicho que el camino es largo, pero no tánto como Ud. dice.

—Ya le acordaré yo, más adelante, cuando comience a maltratarse, y a afligirse y a lloriquear:

—¡Ay! Cuando llegaremos, Dios mío: ya no puedo más: ya me muero de maltratada...

—¡Bah! Yo no me muero por tan poco.

—Es que Ud. no sabe lo que es esto. ¡Como es la primera vez!

—¡Alguna vez ha de ser la primera!, acostumbra á decir mi papá. Pero, verá Ud., yo no me quejaré ni me afligiré como Ud. lo supone. Seré valiente. Es que Ud. no se figura lo contenta que voy.

—De veras, ¿va contenta?

—Mucho. El que no parece ir muy alegre es Ud. ¡Claro! Como lo voy mortificando.

—¡Qué ocurrencia!

—Sí: y como no sé andar a caballo, Ud. tiene que incomodarse conmigo.

De seguro pensará: Háse visto, que me hayan endosado esta chiquilla molesta. Porque mi tío y Julio no piensan alcanzarnos.

Así continúa ella su cháchara alegre. Decididamente la muchacha es inteligente. ¿Cómo leyó en mi pensamiento la primera impresión que tuve? ¡Qué lástima que sea tan jovencita pienso, con temor de que vaya a descubrirme de nuevo! El trayecto habría sido delicioso: y luego la soledad en que nos dejan. Además, es bonita. El ejercicio la ha teñido deliciosamente las mejillas y ha desordenado un poco sus bucles rubios y sedosos, bajo su gracioso calañés, atravesado por un largo alfiler. La boca se ve muy roja, más que una guinda talvez. El color de estas bocas de chiquilla que han besado muy poco, parece sangrar con la espera.

—¿En qué va pensando Ud., interrumpe la «mocosa», que se ha quedado mudo?

—En algo muy delicioso, contesto prendiendo un cigarrillo.

—Ya sé, continúa apuntándome al rostro con un ademán de su dedo enguantado y con una expresión de pilluelo pícaro en la mirada:

—Debe Ud. recordar algo que le gusta mucho y que dejó en Santiago.

No, contesto... ¿Qué iba a dejar? Mis libros, mis papeles...

Y pienso que digo la verdad, porque, hasta aquel mo-

mento, no había tenido un sólo recuerdo para unos pobres brazos humildes y amorosos que me habían estrujado el cuello en la estación Alameda, al tomar el nocturno:

—¿Te acordarás de mí? Escríbeme... ¡Adiós! Luego un sollozo reprimido, y el convoy que comenzaba a moverse pesadamente...

LA BELLA AVENTURA

LA algazara de los perros es el temor más vivo. Conocen después, sí, pero, al primer ruído, sus ladridos extremecen el viejo solar, despiertan a todos los canes del contorno, y la horrenda sinfonía atraviesa las gruesas paredes de adobes, como si fueran la piel tensa de un tambor. Así, el encanto de la escapada secreta queda roto, lamentablemente roto.

No hay más que volverse en puntillas, callandito, y meterse nuevamente en el lecho que hallamos más tibio y seductor, después de haber afrontado el fresco de la noche.

—¿Cómo hacerlo?

—Mira; se me ocurre una idea. Dejaré a uno de los «pichos», a Jim, el bulldog favorito. Me sigue a todas partes y hay que echarle a puntapiés cuando se cierra la gran puerta herrada del zaguán. Yo le acomodaré una manta en un rincón de mi puerta; y me acostaré como siempre. Al salir, cuando todos estén durmiendo, lo envío de explorador. Los perros guardianes, al saber que Jim va en buena compañía, no alcanzan a ladrar, gimen amigablemente, menean la cola y dejan pasar.

—No parece sino que tú ya lo hubieras hecho antes.

—Te confesaré que sí; pero antes iba solo; me encanta salir por la noche a conversar con mi viejo y querido amigo el mar... ¡Vieras tú, cuando hay luna!

—Hoy no, parece...

—Hoy no, chiquilla; pero es más misteriosa la playa solitaria, al resplandor opaco de las estrellas. En la penumbra, cuando he ido solo—de veras te lo digo—he sentido vibrar el alma de las cosas. Aún la arena parecía viva y tener rumor de palabras. Callanditos, pues, ya sabes; ni un ruído; te puede sentir mi hermana Cata y no la harías callar nunca. No por mala intención, sino porque tiene en la sangre el mal de la broma. Y goza profundamente, con toda su alma, al bordear los peligros de la verdad que desea ocultarse, haciendo un chiste o una indirecta que pone pálido al aludido. ¡Pónte en guardia con ella!

—¡Sí; en guardia estoy! ¿Crees? Me consta que está celosa de mí. ¡Te quiere tanto!

—Celosa nó, ¿estás loca? ¿Sabes lo que es? Egoísmo; las madres y las hermanas son lo mismo. Adivinan ellas que nuestro amor distancia aunque no enfría los otros...

—Te diré, compréndeme ... no sé explicarme: ¿por qué el amor, miel divina, suele llevar sabor de hiel a otros labios buenos?

—¡Poetisa! No hagas filosofías... Hasta luego; no olvides: a las doce...

—Las doce, hora de brujos y hoy es Martes...

—No dejes de llevar bastante abrigo; la niebla es traicionera, y una avecita tan frágil como tú...

—No te parezca; a tu lado ¿quién no es frágil?

* * *

Las bisagras de la puerta de mi cuarto no han dado ni un chirrido. Me he atado un guante viejo en la punta del calzado. Una amenaza a Jim, y ha tomado la delantera con precaución, produciendo un leve ronquido por las chatas narices...

—Chit, Jim, chit...

Este perro es una alhaja. Cruzamos el zaguán en las tinieblas. Ahora, a abrir el pesado portón. A Dios gracias, la pesada mano de la puerta ha girado con verdadera discreción monjil. Nuevamente amenazó a Jim. Es para que no corra, ladre y forme estruendo, porque le encanta salir a vagabundear por los caminos. Ya se ve que es muy joven, tiene ansias de aventuras. Y si fuera de día, sus ladridos y saltos habrían revolucionado el amplio corredor. Pero Jim es obediente. Para no hacerlo caer en tentación, lo he cogido vigorosamente del cuello al cruzar el dintel; después lo he soltado a la buena de Dios... Todo ha ido bien. Sólo uno de los perros guardianes ha producido un ladrido ahogado. Después Jim, comunicada la consigna a sus semejantes, ha regresado discretamente y yo me he aventurado a salir en su compañía.

—¡Una fiesta de perros! Ney, el pesado dogo de Ulm casi me derriba poniéndome las patas sobre los hombros. Hago girar la huasca como un manager de fierras y la jauría se dispersa bostezando.

—La esperaremos, Jim, aquí sentados humildemente en el borde del corredor.

La Cruz del Sur brilla hermosamente por encima de

la mancha oscura de los eucaliptus. He encendido un cigarrillo. ¿Qué se habrá quedado dormida?

Ni la he sentido, tan leve es. Antes de que el desasosiego de Jim me dé cuenta de su presencia, sus pequeñas manos enguantadas me han tapado los ojos:

—Adivina quien soy...

—¡Mi corazón te adivina siempre!

Apenas estamos seguros de que no sentirán el ruído de nuestros pasos, hemos dado la carrera jubilosos, como dos muchachos que hacen la cimarra. Cogidos del brazo saltamos, reímos, entonamos trozos de canciones.

—¡Qué felicidad, chiquilla! Oye... Jim no nos ve, y se alegraría, ¡palabra! Lo que te pido no es más que un relámpago, y nos trae tanta dicha... ¿Quieres?

—Jim tiene muy buena vista... Además, si fuera no más que un sólo relámpago ¿lo juras? Te volverías malo, y luego no olvides que reposo en tu seriedad de caballero que se lleva una muchacha sola por los caminos, a espaldas de su madre y de la tuya. ¡Dos madres, sabes! Además, con lo tarde que es, más de las doce, fíjate...

—Pequeñita, preciosa, lucero de la noche, Aldebarán en el raso negro de arriba, yo soy tu padre, tu madre, tu hermano y tu amor. ¿Dudas aún de mí?

Ella no duda, no puede dudar. Es una brizna de yerba que se rompería entre mis dedos. Reposa en mi fortaleza como una hermanita pequeña, y ha visto mi corazón que se asoma a las pupilas sin veneno ni torceduras. Tal vez, por eso, las buenas espigas nos miran apacibles; don Diego de la noche muestra la sana sonrisa de sus dientes blancos, cuando vamos pasando, y las tres Marías y las

tres Chepas no tendrán para qué cubrirse el rostro arriba...

El mar se azota en la playa con rumor cada vez más cercano. Por fin, corremos. Es una bendición deslizarse abajo por la arena movediza.

El faro gira en su alto fanal. Nos envuelve el fugaz resplandor de la luminaria, y sus ojos puros, bajo las pestañas larguísimas, cobran un reflejo misterioso y seductor.

—Divina, estamos solos en la noche ¿qué diremos? Hundamos las manos en el agua milagrosa; bauticemos nuestras frentes con la sal eterna... Así, un beso puro en la frente.

Sentémonos, ahora, a oír el maravilloso monólogo del mar.

LA MARIPOSA EXTRAÑA

ME hice cargo del puesto de Ayudante del faro de Las Gaviotas, al comenzar la primavera de aquel año. Se da al faro esta designación por ser la del islote en cuya cima se alza la torre, y se explica el nombre por el número incalculable de aquellas aves, que tenían sus nidos en el muro inabordable que mira al Poniente. Los arrecifes y escollos, que avanzan a flor de agua en la misma dirección, habían sido la causa de frecuentes naufragios en aquel desierto paraje. Desde que el faro fué construído cesaron los siniestros. El fanal giratorio de la torre, y la sirena que se hace sonar en los días de espesas neblinas, advierten a los barcos costaneros la ubicación del peligro.

Corrían muchas historias sobre los escollos de aquel islote; contaban que, en los días de tormenta, las naves en peligro de naufragar, eran atraídas desde lejos por las luminarias de un gran puerto, que ofrecía, a la simple vista, el refugio de una bahía espléndida. Los capitanes enderezaban entonces la proa en aquella dirección y, cuando ya creían alcanzar el puerto, las luces se apagaban, y todo desaparecía en la sombra, como una extra-

ña fantasmagoría. Los barcos, azotados por el temporal, concluían por destrozarse contra las rocas de la ribera.

Agregaba la tradición que, cuando era más furioso el temporal, se escuchaban al rededor de la nave náufraga, risas y cantos de mujer; y un sobreviviente de tales siniestros aseguraba haber visto, a la luz de un relámpago, las trenzas rubias y el bellísimo rostro de una mujer de blanco cuerpo desnudo, que nadaba como un pez sobre las aguas turbulentas, lanzando cristalinas carcajadas..

Los ribereños vecinos atribuían los naufragios a un encantamiento; creían hechizada aquella parte de la costa por un poder misterioso. Además de estas leyendas, más o menos pintorescas, había ocurrido en el faro un extraño suceso: uno de mis predecesores en el cargo de Ayudante había muerto trágicamente. Habiéndole tocado la guardia que comienza a media noche, fué encontrado, a la mañana siguiente, con la cabeza destrozada sobre las rocas en que se asienta la torre. Se le creyó suicida; sin embargo, había un dato curioso: no lejos del cadáver, se encontró un mango de plumero, en cuya extremidad se ataba la gorra del muerto, simulando todo una de esas redecillas que usan los niños para cazar insectos.

Esta circunstancia había originado una versión fantástica. Se decía que, pocos días antes de la desgracia, el Ayudante había relatado de sobremesa que, en la última guardia nocturna, le había llamado le atención una gran mariposa obscura, tan grande como nunca había visto otra de semejante tamaño. El insecto volaba alrededor de la galería de cristales del fanal y azotaba los vidrios

con insistencia, como si quisiera penetrar hacia la luz. La belleza del insecto y su tamaño extraordinario hicieron al Ayudante prometer a sus oyentes que trataría de darle caza durante la primera guardia nocturna en que la mariposa reapareciera.

Con este antecedente, los empleados del faro se explicaron la muerte en la siguiente forma: rodea los cristales exteriores del fanal una angosta rotonda circular, para hacer posible el aseo, desde la cual parte una escalerilla de hierro, sin baranda, tendida sobre la cúpula, que llega hasta la cumbre y que tiene por objeto permitir el arreglo de la rosa de los vientos y de la aguja del pararrayos. Seguramente, el Ayudante, entusiasmado en la persecución de la mariposa, salió al exterior, trepó por la diminuta escala y perdió el equilibrio en alguna de las gradas superiores, talvez al hacer uso de la red que había improvisado con la gorra y el plumero, para cazar el insecto. Desde aquella altura, la caída tuvo que ser mortal. Se añadía, además, otro detalle sugestivo: en la frente del cadáver, los coágulos de sangre dibujaban una gran mariposa con las alas extendidas.

* * *

Había en el faro un antiguo sirviente, un marinero casi inválido que desempeñaba las funciones de señalero y que vivía con su mujer y una hija adoptiva. El origen de la muchacha era novelesco. Se sabía únicamente, que el viejo, vagando un día por la playa, había encontrado una criatura recién nacida, completamente desnuda, como si una ola la hubiese dejado sobre la ribera.. El

hombre, que creía en todas las supersticiones que las gentes de mar se relatan en las largas vigilias de a bordo, atribuyó a alguna de ellas el hallazgo. Solamente se fijó en que la criatura tenía en el pecho, sobre el corazón, una mancha oscura en forma de una mariposa. Por lo demás, el viejo, que era caritativo, envolvió el frágil cuerpecito como pudo, y desde aquel día se creyó padre de familia. La criatura recibió el nombre de Marina, por las circunstancias en que fué encontrada.

* * *

Cuando yo llegué al faro, la muchacha del viejo Rafa (así le llamábamos por contracción de su nombre) estaba en todo el esplendor de su juventud. Era de carácter huraño y díscolo; se burlaba del viejo y de su madre adoptiva; y jamás tuvo afición a los menesteres de la casa. Por el contrario, era una vagabunda incorregible, y amaba irresistiblemente el mar. No había un rincón de la costa que no conociera en las vecindades; y era frecuente verla jugueteando en la playa, con los piés desnudos, o montada sobre el lomo de una roca, contemplando el tumultuoso vaivén de la resaca. Hasta hubo ocasión en que la sorprendieron nadando como un pez, en alguna ensenada perdida entre las rocas.

Era hermosa, bien formada, con magníficas trenzas de un castaño casi rubio que cubrían la espalda. La tez, que hubiera sido muy alba en la vida de ciudad, había sido dorada por el sol en las continuas vagancias por la playa. Pero lo que más resaltaba en ella eran los grandes ojos, rasgados y verdes, como el color del agua del mar en los

remansos: eran dos pedazos de agua salada prisioneros entre las pestañas. Y la mirada de sus pupilas resultaba fría, casi metálica, con un fulgor que hacía mal. Talvez, por eso, aunque tenía la tez fresca y joven y de rostro seductor, nunca me sentí atraído hacia ella. Parecía que la rodeaba una aureola de misterio, de algo ignorado y extraño; no daba la impresión de una mujer.

Además, sus vagancias no se desarrollaban únicamente en el día. Más de alguna vez habían visto, desde lo alto del farellón, la silueta de la muchacha que saltaba por entre las rocas a la luz de la luna; y el viejo Rafa no ocultaba que ya la había castigado innumerables veces por aquellas escapadas nocturnas, que solían durar hasta el amanecer. Sin embargo, nadie atribuía a estas salidas propósitos vedados o inconfesables; en el islote no había más población masculina que los empleados del faro, todos los cuales, sin excepción, tenían por la muchacha la más cordial antipatía. Las rarezas de ella y su humor díscolo y huraño habían acabado por hacernos creer que padecía de perturbaciones mentales.

Cuando ocurrió el hecho que determinó mi petición de traslado a otro faro, cosa que obtuve de mis jefes sin dificultad, yo montaba la guardia de noche, que se hacía junto al fanal. Sentado en un pequeño escabel, leía una novela para matar el tiempo, cuando hube de levantar la vista hacia la galería exterior de vidrios, atraído por un ligero ruido que, al comienzo, me pareció el de una mano que golpeara levemente los cristales. No soy miedoso, pero en aquella ocasión sentí un terror súbito. Pegada a los cristales ví una mariposa enorme que agitaba sus

alas y que parecía obstinada en venir a quemarse en los reflejos del fanal.

La sola aparición de aquel extraño insecto, trajo de golpe a mi memoria la historia trágica del Ayudante que se había despeñado torre abajo, y me pareció contemplar, en aquel momento, mi propio cadáver que ostentaba en la frente la mariposa roja que dibujaban los cuajarones de sangre en el rostro del muerto. Sin embargo, el terror de que estaba poseído no me impidió fijarme en una particularidad del fatídico insecto. Los ojos eran grandes y verdes, y, al contemplarlos fijos en mí a través de los cristales, descubrí que aquellos ojos eran idénticos a los de la hija del señalero; la semejanza no podía ser más perfecta. Aquel descubrimiento, si aumentó el miedo que me embargaba, me hizo tomar una determinación brusca, una de esas impulsiones nerviosas inconscientes, nacidas del mismo terror, que suelen hacer explicables algunos bullados heroísmos. Me levanté de mi asiento, empuñé mi revólver y, abriendo rápidamente la puerta de la galería, salí a la plataforma e hice fuego sobre el enorme insecto que, a poca distancia, se perdía voltejeando sobre el abismo. En el mismo instante, me pareció oír algo como un gemido... La sobreexcitación nerviosa me produjo una crisis, mi frente se cubrió de sudor, los ojos se me nublaron, y no supe darme cuenta de más.

.....

Varias horas después, cuando ya era de día, desperté en mi lecho. El primer Ayudante, que me había atendido durante el síncope, después de haber oído el relato de lo que me había acontecido en la noche y que atribuyó,

compasivamente, a un delirio causado por la fibre, me dijo a guisa de novedad:

—¿No sabes que Marina, la hija del señalero, está agonizando? Se la encontró llena de sangre, al pié de una de las rocas de la playa. Seguramente, como la muchacha es medio loca, se despeñó en sus correteos por el acantilado....

Nota: Este cuento aparece en "*A flor de tierra*", volumen de prosa y verso del autor, aparecido en 1913, y edición muy difícil de encontrar hoy. Se reproduce en este libro, tanto porque se ha publicado últimamente un cuento que sigue, casi a la letra, el mismo procedimiento literario, como para dejar constancia de que el cuento de pura fantasía, a la ya vieja manera impuesta por algunos novelistas sajones, no es una novedad de última hora en Chile... En la factura del cuento—como en casi todos los del autor, hay siempre algo de real.—Cerca del fundo "Luanco", propiedad de la familia Acuña Núñez, está el Faro de Punta Carranza, y allí vivió una muchacha, hija del guardián, que tenía el mismo carácter de la heroína. No es la única vez que este faro impresionó la imaginación del autor: véase el cuento "El Dieciocho en el Faro" en "*Capachito*", volumen de cuentos aparecido en 1921.

TENER PANA

HAY un término criollo que asoma a los labios ante un acto de arrojo: ¡«tener *pana*»! ¿No lo han oído Uds.?

—Mira ¡no nos calumnies!

—No venimos llegando de París...

—Ni hemos editado libros cubistas.

—¡Oye! Nos encanta aún la cazuela con ají y el asado al palo.

—Y una cueca bien bailada.

—Se te ha quedado lo mejor, *ñato*, una «trarita» de ojos pestañudos e incendiarios, con unos labios frescos y colorados como un cardenal recién florecido, y un ramo de albahacas en las trenzas.

—Eso es, ¡ofrécele el caballo ensillado!

—¿Me van a dejar que hable alguna vez?

Lo decía Ernesto del Riego, hacendado joven que estudiaba leyes por no perder el tiempo, para ser Diputado, si le venía la gana; y que se daba el simpático lujo de amar a su país, de leer los libros de autores chilenos y de comprar los cuadros de pintores criollos, que no eran una servil imitación del arte importado, sino que revelaban el estudio y la pasión de la naturaleza y del alma chilenas.

Conversaban en la cantina del Club de aquel balneario austral, que cada día estaba más de moda.

Habían jugado varios «cachos» que Ernesto se encargaba de perder, porque tenía el pudor de su fortuna y una dignidad caballeresca, no muy común, que consiste en sentirse dichoso de pagar las diversiones entre amigos gratos.

—Tener «pana», alegaba Del Riego, es tener valor, arrojo personal, corazón, hígados, pantalones... ¡como Uds. lo llamen! Yo admiro (no sé si a Uds. les ocurra lo mismo) a los hombres que tienen pana. Y el tema o la conferencia—como ustedes la llamen—se la debo al gobernador de esta ínsula, que acaba de pasar con dos vejetes del pueblo a bostezar en la sala de lectura, comentando las noticias de Santiago...

—¿Te refieres a Manuel Cancín? Interrumpió Lucho Roberts, hijo del senador de la provincia.

—Al mismo, que viste y calza.

—A propósito de Manuel, continuó Roberts, te daré un dato. Cuando triunfaron, en las últimas elecciones, los partidos políticos que hoy gobiernan, mi padre, el Senador, recibió peticiones de sus correligionarios para cambiar el Gobernador. Pertenecía éste a la combinación vencida en las urnas, y el pedido era lógico, dadas nuestras prácticas políticas. Mi padre dió algunos pasos en este sentido. Pero ocurrió entonces un fenómeno curioso.

A pesar de que la lucha estaba fresca, pues no enterraban aún los muertos ni curaban los heridos, (esto es una figura literaria, porque no murió nadie de muerte trágica durante las elecciones), el Ministerio recibio una

presentación firmada por todos los dirigentes del pueblo—revueltos vencedores y vencidos—en la que solicitaban que el Gobernador no fuera removido. A esta solicitud, que se publicó en la prensa, se añadía una carta privada del jefe de los correligionarios de mi padre, enemigos de Manuel Cancín, que decía, entre otras consideraciones, en el tono campechano de las gentes de por aquí: «No lo cambie Ud., porque es un «gallo»; nos sentimos gobernados por Manuel; haga Ud la vista gorda, porque al fin hemos hallado un hombre de pantalones; es un Rafael Sotomayor en pequeño, casi un Portalitos.»

Mi padre, que representa la corriente antigua, la que ha hecho grande a este país, y que gusta de los gobernantes que no sean fantoches o instrumentos de las pasiones ajenas, se complació con aquello de Portalitos y paralizó toda gestión en contrario ¡y Manuel Cancín quedó de Gobernador!

—Pocas veces el Gobierno ha procedido con mayor justicia, prosiguió Del Riego. Y se los voy a probar, Cancín es un hombre a las derechas, en que el porte musculoso y altivo responde a su carácter, ¡Manuel no es un gallinazo, como tantos que esconden eternamente las estacas!

Solo voy a referirme a una actuación suya en que se vió al hombre...

Uds. que vienen sólo a veranear no conocen el rigor terrible de estos inviernos australes. ¡Con decirles que hay veces que sale el mar, se darán Uds. cuenta!

Una tarde de invierno, en que llovía a chuzos, acompañaba yo a Manuel en la Gobernación. Pasábamos el rato jugando ajedrez, cuando sonó el teléfono:

—Aló! Aló! ¿Con la Gobernación? ¿Está el señor Gobernador?

—Con él habla...

—Habla Ud. con el Prefecto!

—Diga Ud., Prefecto.

—Comunico a Ud. que el barrio de la Cañada se está inundando en forma alarmante. Si no se toman medidas enérgicas, la vida de los vecinos corre peligro. El Alcalde no dispone nada, y tiene pocos medios de hacerlo. La gente pide auxilio a la policía.

—Proporcione Ud. toda la ayuda necesaria...

—En este momento, me dicen que la inundación comienza a barrer con las primeras casas.

—Mi orden es que Ud. haga lo posible por prestar auxilio... Yo voy al cuartel. Hasta luego.

—Acompáñeme, me dijo Cancín, explicándome rápidamente la peligrosa situación que acababan de comunicarle.

Partimos al cuartel de policía, a la carrera.

Allí, ya no hallamos al Prefecto, que con un piquete de guardianes se había transladado al sitio amagado por el peligro.

Tomamos dos caballos de las pesebreras y nos encaminamos velozmente al lugar de la catástrofe.

Y allí Cancín fué un héroe. El Prefecto era un buen caballero, panzudo y respetable, hombre de club, bien estimado; pero incapaz de una «gallada».

Entre los clamores de los vecinos, al borde de la torrentera que arrastraba tumultuosamente cuanto obstáculo hallaba a su paso, el Prefecto, «cortado», no hallaba partido que tomar. Al otro lado del torrente, la inun-

dación cobraba un aspecto tan serio que los pobladores comenzaban a refugiarse en los techos de las casas.

—Señor, dijo el Prefecto, dirigiéndose a Cancín, sólo en bote sería posible pasar al otro lado, y mientras que se trae alguno, como ya se ha dado orden, pueden ocurrir muchas desgracias.

—¿Sólo en bote? contestó Cancín nerviosamente. ¡Que pase la tropa a nado! ¡No se puede dejar morir a esa gente, mientras llegan embarcaciones!

Pero, la tropa no obedeció. El turbión era majestuoso, se adivinaba la muerte entre las ondas turbulentas. Una de las casas más próximas, a la orilla opuesta, se derrumbó con estrépito y entre los escombros, arrastrados por el torrente, se vió a una niña pequeña con los cabellos sueltos que se sumergió en el agua turbia para no aparecer más...

La muchedumbre prorrumpió en un alarido.

Entonces, Cancín no vaciló.

—Prefecto, ordenó con su hermosa voz de barítono, déme Ud. su caballo que es más fuerte que el mío.

—Pero, señor, es una locura.

—Obedezca Ud., exclamó el Gobernador, imperiosamente.

Y Cancín montó de un salto y enterrando espuelas se puso a la cabeza de los policiales desmoralizados.

—Síganme Uds., gritó, si son hombres ¡Vamos!

Y el Gobernador se lanzó a caballo al medio del torrente embravecido.

Hubo un ¡ah! de admiración. Después, uno y otro de los jinetes se echaron al agua.

Cancín iba a la cabeza, como un caudillo de la conquista.

El primer guardián que le siguió tuvo una suerte horrenda. Entre los escombros que arrastraba la torrentera, un grueso tronco de árbol, recién arrancado, cogió al infeliz, lo arrojó del caballo y la corriente lo arrastró muy pronto y lo sumergió para siempre. Pero el resto de los jinetes llegó a la otra orilla.

Y entonces se vió una actitud bellísima y heroica. Cada jinete regresó con un sér humano.

Lo traía a la grupa, sobre el cuello de los caballos, o tomados de la ropa, o de los cabellos.

Eran hombres, mujeres, niños arrancados a la muerte.

Nadie era más audaz que Cancín. Hubo de cambiar caballo, porque, en uno de aquellos viajes heroicos, la noble bestia se desplomó sin fuerzas, con los remos temblorosos e incapaces.

Cancín fué el héroe de aquel salvamento. Porque «tenía «pana». Si él no se arroja al agua y desafía la muerte, dando el ejemplo, habrían perecido muchas víctimas.

—¡Qué bonito!

—Tienes razón para elogiar a tu amigo.

—Y es por eso, que la politiquería lo ha respetado, dijo Roberts. Hay pocos hombres como ése.

—Ojalá todos nos miráramos en ese espejo y supiéramos tener *pana*, concluyó del Riego. Hígados para éso, para reconciliarnos con todas las debilidades de la época.

LOS CISNES NEGROS

"NO dejes de venir, me decía Alfonso Blanc, en su carta. Lo que me falta para mi felicidad completa es tu compañía. Recuerda que fuí tu mejor camarada, casi tu hermano, en nuestras andanzas santiaguinas, y sacrifícate viniendo siquiera por un mes a enterrarte en la soledad de este fundo que, al fin de cuentas, es hermoso. Tú ya conoces la belleza de esta costa, cuando mi padre vivía. Hoy soy el único dueño y señor de "El Pangal". He modernizado la casa solariega. Tendrás un autopiano alemán con un repertorio escogido y un roadster Buick, cuyo motor no ha fallado nunca y que es la admiración de mis súbditos costinos. Además, poeta, el jardín es una preciosura. Ya verás unos claveles monstruosos, como sólo se dan en esta tierra. Libros y revistas no te faltarán tampoco, y aunque estamos lejos de la ciudad, he organizado un servicio de correo diario, a lomo de caballo. Así tendrás todas las mañanas en el velador, dos diarios de Santiago del último día, junto con el desayuno. Te esperaré en mi Buick en las "puertas verdes" hasta donde he logrado componer el camino. De modo que sólo te machucarás unas cuatro leguas a caballo"...

Así continuaba la cariñosa misiva de Alfonso, mi mejor amigo de juventud.

El había cortado sus estudios, mucho antes de que muriera su padre, y al fallecimiento de éste, nos habíamos separado: yo para seguir luchando por la vida en la capital y Alfonso para administrar su lejana hacienda de Pangal, en la bravía costa maulina.

La afectuosa invitación fué aceptada por mí, sin pensar que fuera a dar origen a esta historia.

Alfonso me recibió efusivamente en su heredad. Era el mismo muchacho viril, en toda la fuerza de sus treinta años.

La muerte de su padre le había dejado solo frente a la vida y allí estaba trabajando tesoneramente, decidido a enderezar la fortuna perdida, a mal traer, en las manos dispendiosas de su antecesor, que había derrochado el dinero a manos llenas en una alegre y prematura viudez.

La falta de entretenimientos y la lejanía de las ciudades habían enredado a Alfonso en un idilio con la hija de uno de sus aparceros.

Era una espléndida muchacha morena, de ojos verdosos. Se llamaba Elena, y él la nombraba cariñosamente Nena. No era una hembra vulgar. Había cursado humanidades en un colegio de la ciudad vecina y así poseía una cultura superior a su posición social. Pero, sobre todo, era bonita, con una belleza ingenua que llenaba de simpatía sus veinte años.

Después de la comida, el día de mi llegada, tomamos el café en la terraza que tenía una preciosa vista sobre el mar.

Mientras fumábamos, dijimos versos. Alfonso pidió a Nena que dijera "La fuga de los Cisnes" de Winter.

Por allí comenzó la charla sobre estas bellas aves.

—Te guardo una novedad, me dijo Alfonso. La laguna tiene huéspedes que, según dicen los aborígenes de esta tierra, hacía muchos años que estaban ausentes. Hay una bandada de hermosos cisnes negros...

—¿Cisnes negros? ¡Qué bonito! interrumpí yo.

—Son muy bellos, agregó Nena, y tienen un collar blanco como los cóndores.

—Esta novedad del Pangal si que me complace, más que el autopiano y que el Buick.

—¿Y más que los claveles también? arguyó la muchacha, sonriendo, con sus bellísimos dientes blancos.

—Todavía más, Nena. Figúrate que no he visto nunca una bandada de cisnes silvestres. Sólo conozco cautivos en los parques de la ciudad.

—Cazaremos algunos, entonces, para llevar de recuerdo siquiera las pieles. Podríamos disecar uno...

—Eso sí que nó, interrumpe decididamente la muchacha; traería desgracia...

—¿Traería desgracia? repito con asombro... No comprendo.

—Yo te lo explicaré, interviene Alfonso; pensaba hacer lo mismo que tú; pero he desistido de la caza y aquí me tienes amarrado por la superstición. Les ha dado a estas gentes por creer que los cisnes negros poseen cierta divinidad o maleficio... ¡Qué sé yo!... porque cada vez que se ha dado muerte a alguno le ha ocurrido algo trágico al matador. Empéñate en sacar esta idea de esa cabecita voluntariosa que me está escuchando ávida, y después me hallarás razón...

—Sí, sí, dice estirando los graciosos labios la aludida, para reforzar su aserción; no se puede matar a los cisnes

Los antiguos de esta costa, cuentan que son el hechizo de la laguna, el "encanto" como ellos lo llaman. Llegan cada cierto número de años, y su venida coincide con otras rarezas. Así por ejemplo, el pescado se embanca por miles de millares en la playa, y sobre el mar oscurecen el cielo bandadas incontables, verdaderas nubes de aves desconocidas, tantas que la arena queda sembrada de las que mueren diariamente. Además, la llegada de los cisnes, es anuncio de una cosecha magnífica.

—Y ahí tienes, interrumpe Alfonso, la explicación materialista o prosaica—como tú la llames—de mi facilidad para mostrar tan anchas mis tragaderas en lo relativo a estos misterios de que habla Nena. Al contemplar mis rubias sementeras, tan hermosamente granadas, me decidí a no romper el sortilegio en que creen mis labriegos. Si por matar un cisne ahuyento la bandada y éllo coincide con una lluvia intempestiva que me arruinaría la cosecha, tén por seguro que yo mismo llegaría a creer en el embrujamiento de estas historias. En la duda me abstengo, y me quedo como esos creyentes "malgré-lui" que aceptan las devociones, por si fuera cierto eso de la otra vida...

La charla se desvió por otros rumbos. Después, como avanzara la hora y yo demostrara la fatiga del viaje, mi amable anfitrión y su encantadora pareja me dieron las buenas noches, después de hacerme entrega oficial de mi habitación.

Sobre la mesa había una maceta de soberbios claveles recién cortados (galantería de Nena). Otros detalles venían de mano de Alfonso. Las plumas flamantes, un manojo de carillas dispuestas para el trabajo, y detrás de una papelera que remedaba un gracioso biombo japonés,

una botella de whisky, una garrafa de agua cristalina y cigarros. ¡Cómo me conocía el muy bribón!

Pero no escribí aquella noche. Me dormí profundamente, apenas desvestido, arrullado por el estruendo ronco de la marejada cercana.

II

Sufro, como todos los humanos, la atracción de lo prohibido. ¿Me creerán ustedes que toda mi primera noche en "El Pangal" tuve la obsesión, dormido y despierto, de dispararles a los misteriosos cisnes negros? Esta idea perversa se adueñaba de mi cerebro y de mi voluntad con una fuerza irresistible.

Por eso, cuando al día siguiente, en el desayuno servido por las deliciosas manos de Nena, hacíamos el programa del día, manifesté, antes que todo, el deseo de ir a la laguna.

Talvez aquel pequeño lago es un brazo de mar; de otra manera no se explica lo salobre del agua. Seguramente la laguna tiene una comunicación subterránea con el océano, porque, en la vecindad de la playa, alcanza una profundidad cuyo fondo no ha sido hallado en los sondajes.

Nos embarcamos en el bote que allí tenía Alfonso. Llevábamos una magnífica escopeta belga que yo había retirado del correo internacional, a pedido de mi amigo, y nos alternábamos para disparar a los patos silvestres, cuya carne en aquella época era sabrosísima, cebada en los trigales.

Recuerdo que, mientras le tocaba el turno de bogar a

Alfonso, y yo llevaba el arma lista, doblábamos una rocosa puntilla cuando encontramos la bandada de cisnes. Era bellísimo el grupo de aves, una veintena, a lo sumo, que nadaba lentamente a unas cinco brazadas de nuestra embarcación. Varias de ellas, todas de plumaje negro, llevaban un collar blanco.

—Yo no resisto a la tentación de cazar uno, le dije a Alfonso.

—No seas loco, ¿que afán ése de desafiar la fatalidad?

—Esas supersticiones son añejeces, antiguallas, no son para hombres modernos como nosotros.

—Te diré la verdad, yo también he sentido la tentación muchas veces. Con frecuencia, vengo a remar y a cazar en la laguna. Bien sabes lo que me gustaba la boga, allá en el Parque Cousiño... Pero te diré una cosa: es la fé de Nena la que me ha detenido. ¡Pobre muchacha! la quiero de veras y se me hace duro causarle el menor sufrimiento.

—¡Ah! señor enamorado, cómo te desconoce tu amigo ciudadano. ¿Es posible que una muchacha campesina te haya transformado tanto?

—¡Mira! No me hables en chunga... Si guardáramos el secreto...

—Ni una palabra más... ¡Choca esa mano! Ya sabes que cuando me empeño soy como una tumba...

En el bote llevábamos un frasco de whisky. La modorra campesina había reforzado la fama de buen bebedor que Blanc tenía antes de enterrarse en sus dominios rurales. Alfonso mostraba las pupilas brillantes; y no era extraña a aquel brillo inusitado, mi perversa incitación al crimen.

—Con municiones no es gracia. Vamos a ver tu puntería, me dijo Alfonso ya completamente dominado por la tentación. Pónle dos cartuchos a bala a la escopeta. He traído algunos, por si hallábamos caza mayor...

—Para no aumentar tus escrúpulos, mataremos uno solamente, dije yo. Si yerro el tiro te dejo el segundo a tí. ¿Que te parece aquél que se va acercando al manchón de sargazo? Es un ave preciosa, parece el capitán de la bandada, un Enrique IV que ostenta orgulloso el penacho blanco...

—Ya.. ya...

Alfonso paró los remos y yo apuntando cuidadosamente disparé.

El bello cisne capitán abrió las alas pretendiendo volar y se desplomó sobre el agua. La bandada sorprendida se encumbró al cielo pausadamente, revoló un instante sobre nuestras cabezas y se alejó graznando con un armonioso son de clarines a la sordina...

—Bravo... Bravo, exclamó Alfonso empuñando los remos briosamente, para alcanzar la presa antes de que se ocultara en el sargazo.

—¿No habremos hecho una barbaridad? arguyó mi amigo, un poco pálido.

—No hagas de chuncho le contesté, colocando sobre mis rodillas el lacio cuello elegante del cisne, transpasado, medio a medio, por el balazo...

—Ahora una reserva absoluta.

Envolvimos la víctima prolijamente y nos apresta-mos al regreso. Ya, cuando galopábamos en dirección a las casas, Alfonso insistió, con el ceño un poco duro, que caracterizaba sus preocupaciones:

—Que no lo sepa Nena... ya sabes, como una tumba...

Yo solté una carcajada por esquivar el comentario. Pero, a la verdad, después de cometido el crimen, pasada la sobreexcitación del momento, mis nervios se habían relajado y un vago temor, una sensación rara se apoderaba de mi espíritu.

Galopábamos sin cambiar palabra para no retrasarnos en la comida, que se hacía temprano, cuando Alfonso me llamó la atención hacia el ruído de un motor de automóvil.

—Es Nena, me dijo. Esa loca aprovecha nuestra ausencia corriendo en el Buick.

—No debías dejarla que maneje sola.

—Anda a poner orden tú en esa cabecita desatornillada.

Sólo se oía el jadeo estrepitoso de la máquina con escape libre. Un lomaje nos impedía ver la pista que rodeaba las casas y que Alfonso había hecho acondicionar para darse el lujo de contar con aquel deporte modernísimo.

Subíamos por una cuesta para llegar al plano. Apenas llegábamos al terreno parejo, Alfonso puso su caballo a la carrera.

—Le corremos a Nena, dijo. En este momento va a dar la vuelta frente a nosotros. Tenemos cancha pareja, y mi mulato es una verdadera centella.

Al asomarnos al plano, el Buick manejado por Nena bordeaba una curva y continuaba la pista hasta emparejarnos envuelto en una nube de polvo.

—¡Allá va! gritó Alfonso enterrando espuelas y agitando un pañuelo blanco.

La máquina pasó frente a nosotros, por dentro de la pista paralela al camino, con una rapidez vertiginosa, en tercera velocidad.

Borrosamente, en una visión instantánea, sólo percibí la mancha flotante de los cabellos de Nena, bajo su gorra de lana.

Alfonso corría delante de mí, entusiasmado azuzando al mulato, animal de fina sangre que distanciaba al caballo que yo montaba, cuando el Buick, que bordeaba la curva siguiente, tomó bruscamente la palizada y se derribó sobre la cuneta.

Fué como una explosión repentina que levantó una enorme columna de tierra. Al mismo tiempo, una nube de humo azuleja envolvió el sitio del accidente y el motor cesó de jadear de súbito, mientras se incendiaba con un chirrido estridente.

Alfonso fué el primero en llegar. Se desmontó con tal brusquedad que su caballo siguió galopando con las riendas sueltas...

Del montón de escombros del automóvil, extrajimos el pobre cuerpo de la muchacha triturada.

Su fino rostro cubierto de polvo y de sangre, fué lavado por las lágrimas de Alfonso.

Acudieron sirvientes, se improvisó una camilla, y la procesión dolorosa tomó el camino de las casas.

* * *

Nena no sobrevivió al accidente. La enterramos en el cementerio de la aldea vecina, una mañana triste hume-

decida por la niebla espesa que se arrastraba desde el mar.

Alfonso no me dijo nunca una palabra contra la fatalidad. Apresuré mi viaje, decorosamente, apenas cumplí con mis deberes de amigo, en aquel trance horrendo.

¡Malditos cisnes negros! Tengo ante mis ojos la última carta que he recibido de mi amigo:

"La fatalidad se ha cebado en mí, me dice. Creí tener una cosecha magnífica. Tú viste la hermosura de mis trigales... Pero una lluvia intempestiva me ha arruinado la cosecha, cuando comenzaba a trillar. ¿Se puede luchar contra las fuerzas misteriosas de que, nosotros, pobres mortales, pretendemos burlarnos cuando nos sentimos llenos de suficiencia y optimismo?"

Ni un solo cargo me hace mi amigo, este bueno y fuerte Alfonso que debe sollozar inconsolablemente en su refugio solitario de «El Pangal», recordando a la que tánto amó...

LA ESTETICA

RECIEN quedaba viudo, cuando su destino cambió. Se había casado, porque había que casarse a los treinta y cinco años... Treinta y cinco... Treinta y cinco; le había tenido miedo a los cuarenta, como la mujer desesperada de la soltería. No era que la calvicie le avejentara o que se hubiera puesto barrigón. Su cuerpo era esbelto y joven, nervudo y ágil como el de un muchacho de veinte, pero ¡vamos! la estética. Pensaba como los jóvenes patricios romanos que, ante todo, se cubrían el rostro en las batallas para no estropearse el físico, y acomodaban con elegancia los pliegues de la toga para morir dignamente.

La estética; todo por la estética. No era posible matrimoniarse cuarentón con una chiquilla de dieciocho, como él la había escogido. Le habrían hallado viejo, como un papá; porque, eso sí, que no permite la maledicencia. De veinte a treinta y nueve, el hombre es joven, tiene derecho hasta a una mocita de quince, pero en la cuarta decena se habla ya de corrupción de menores. Y, entre la opinión ajena y la propia, se había formado una estética que tenía mucho de real. Veinte años mayor que su mujer le parecían un pecado artístico, pero diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, eso sí que nó, porque no eran veinte. El po-

bre Luis Vandel no se acordaba de que su jefe Pancho Urquierto, de edad indefinible, que se pintaba el pelo y usaba polainas claras, flor en el ojal y una novia de veinte, había peleado de veintidós años en la guerra del 79.

Lucho Vandel no se casó enamorado, ni por pienso. Enamorarse pecaba contra la estética. Recordaba el sabroso dicho de su abuela, una anciana campechana y espiritual:

—Al que se enamora se le cae la baba...

Y, antes que verse como un asilado del Hospicio, o como un chiquillo con babero, había que refrenar el corazón.

En su devoción estética, entraban las buenas maneras, la sobriedad de los ademanes, el dominio de sí mismo.

¿Y era posible dominarse, cuando se es dominado por una pasión incontenible?

Recordaba otro proverbio de la abuela:

—Juego de manos, juego de villanos, y evocaba un vulgar recuerdo de la niñez: la cocinera que se estironeaba con el criado... ¡Uf qué horror!

Antes de pedir a su novia, Lucho Vandel verificó una operación importantísima. Había que ensayar la pareja; aquello era indispensable. Y fué una hora de ensayos prolijos: primero de pié. La estética ordenaba que la mujer debía llegar a lo menos al hombro de su marido; más abajo nó, se veía mal, la gente podía murmurar. Felizmente su novia sobrepasaba una línea del hombro. Después, ante un espejo, se sentaron ambos. Era preciso ver el efecto que harían en el tranvía o en una reunión social. Y aquella prueba dió asimismo buen resultado. Mejor que mejor.

Caminaron varias veces del brazo, ante la luna venecia-

na, y el espejo devolvió una armónica silueta, con y sin sombrero. Lucho Vandel se dió por satisfecho, y aquella misma tarde hizo la petición de mano de la que fué su cara mitad, Lina Bordes.

Pasaremos por alto otras preparaciones anteriores: la unión de los apellidos. ¿Sonaban bien? Lina Bordes de Vandel... Lucho Vandel Bordes, Lina Vandel Bordes. La prole no podía quejarse después: eran apellidos estéticos. Y el matrimonio se hizo. La esposa de Vandel era una muchacha bellísima, pero de mala salud. El primer hijo, una niña que llevó el nombre de su madre, le costó la vida. Y el viudo se quedó con la pequeña, frente a la vida.

No eran ricos al casarse, ni mucho menos; la profesión de abogado daba al esposo apenas para vivir con decoro. El partido político a que pertenecía no lo había ayudado nunca porque la maldita estética había tenido la culpa.

Las colectividades políticas son egoístas, buscan el aprovechamiento total de sus prosélitos y él no había podido nunca entregarse totalmente a su partido. ¿Cómo hacerlo poseyendo un tan alto sentido de la belleza moral?

Era anti-estético hacer tuttis, comprar votos como quien remata animales en la feria, irse a las manos con el adversario, como un gañán, alternar con la plebe en los choclones, hacer la pata a un candidato imbécil, llamarle «talento», aguantando la carcajada... ¡Uf qué horror!

Pero, si su partido no le sirvió nunca de nada, el destino se acordó de él apenas viudo. Un tío materno le dejó por herencia una magnífica propiedad agrícola, con una hermosa casa llena de todas las comodidades modernas; y así, Lucho Vandel, un poco hastiado de la vulgaridad anti-estética de la capital con sus tranvías y cobradores

sucios, con sus políticos amigos de lo ajeno y con sus literatos rebosantes de bilis y de otras excrecencias más o menos repugnantes, se fué a refugiar con la pequeña Lina a su fundo «La Dehesa». Allí ocurrió la catástrofe.

* * *

Corrieron diez años; la pequeña Lina Vandel Bordes se transformó en una rozagante muchacha de quince octubres. Tenía los mismos grandes ojos pardos, casi negros de la madre, las pestañas sedosas y larguísimas, y el labio breve y respingado, dulcemente provocativo.

Lucho Vandel continuaba, a los cincuenta años, el mismo de siempre: un puñado de canas y algunas arrugas más, rebeldes al masaje. El ejercicio y los deportes, la ausencia de toda gula, conservaban las líneas esbeltas de la juventud.

Y, en cuanto a lo intelectual, sus ideas estéticas no habían hecho más que refinarse.

Con qué cariño, con qué entusiasmo no había inculcado en el cerebro de la niña el amor a la belleza. ¡La estética! Todos los aposentos de la casa reflejaban sus gustos; y cuadros y mármoles, sirvientes y criados habían sido cuidadosamente seleccionados para apartar de los ojos de su hija toda visión de fealdad.

Y la chiquilla amaba, como su padre, la belleza; la buscaba en todas partes y su primera pasión había sido un Apolo de Belvedere en mármol, que ocupaba un rincón de la biblioteca. La pequeña se había empapado de aquella poética belleza varonil. ¿Podía existir un Apolo vivo, de carne y hueso, parecido a aquel?

La pequeña lo encontró. Era un hijo del mayordomo. Cierta vez, que jugaba sola en el parque, una racha de viento le arrebató el sombrero, y se lo llevó más allá del cercado. A sus gritos, acudió un muchacho; tendría tal vez su misma edad. Agil, como una liebre, saltó el muro y desapareció un momento para volver con la prenda de la pequeña patrona. Respetuosamente, entregó el sombrero a la niña, a la «patroncita», y ya iba a retirarse cuando élla le detuvo. Recordó su ídolo, el Apolo de Belvedere y comparó las líneas del rostro; eran las mismas: la nariz recta y graciosa, que formaba una sola línea con la frente, los labios delgados y graciosos, la barba fina y voluntariosa.

—Quédate, le dijo al sirviente; seamos amigos.

Conversaron de cosas banales; después ella tuvo un capricho:

—¿Sabes? tienes tierra en la cara; vamos a la fuente y te lavas; quedarás buen mozo y te parecerás, todavía más, al Apolo de la Biblioteca.

El chico obedeció, algo cohibido; pero los deseos de la patroncita eran órdenes. Caminaron los dos, cuando, casi al llegar a la fuente, un escrúpulo detuvo a la chiquilla. Su padre le había prohibido llegar hasta allí; él gustaba de refugiarse en aquel rincón del parque y había hecho levantar un esbelto kiosco cubierto de enredaderas.

—No vayas al kiosco, había dicho a la pequeña; me gusta leer tranquilo y me molestarías.

Y ella había respetado, hasta entonces, la orden de su padre.

Pero, aquella vez, se olvidó de la recomendación. Además había visto salir a su padre a caballo y seguramente

aún no había vuelto. Sin embargo, por precaución, hizo detenerse a su compañero y avanzó sola. Para llegar a la fuente, había que pasar frente al kiosco. La pequeña avanzó en puntillas cuando un rumor de voces ahogadas llegó hasta ella. La curiosidad atenazó sus nervios. Llena de precauciones, se asomó por entre los claros de la palizada del pabellón, y casi dió un grito. Su padre estaba con una mujer, y aquella mujer era horrible, tosca, obesa, deformada por la grasa; y aquel monstruo enlazaba con sus brazos el cuello de Lucho Vandel. Debían quererse. ¡Uf qué horror!

La pequeña llegó sin alientos donde esperaba su pequeño amigo, y después del horrendo espectáculo que había tenido ante sus ojos asombrados, comparó de nuevo las graciosas facciones del muchacho tan parecidas al Apolo que amaba con sus primeros entusiasmos de chiquilla.

—Mi padre estaba así, dijo al campesinito, con una mujer horrorosa, muy fea, muy fea, y, para ser más elocuente, enlazó sus brazos al cuello del niño y lo besó en la boca.

Siquiera Lucho Vandel tenía una fiel discípula de sus ideas estéticas.

UNA PESCA AMENA

IMPRESIONES DE UN PILOTO DURANTE EL ARPONEO DE LAS ALBACORAS

Este relato pertenece al piloto señor H. Stapelfeld, del vapor "Abissinia", al ancla en Pisagua. No hemos hecho más que dar forma literaria a la narración.

DESDE que, por la fuerza de los acontecimientos, mi buque se vió obligado a permanecer anclado, por largo tiempo en la rada de Pisagua, sentí deseos de presenciar la pesca de la albacora, cuyas peripecias había solido ver fugitivamente al paso del "Abissinia" por las costas chilenas del norte.

Mi obligada permanencia en Pisagua me iba a permit r el cumplimiento de estos deseos y tomar estas ligeras impresiones que para mí tienen un precioso valor documental.

El pez espada, o albacora, alcanza una longitud de tres a cinco metros, y pesa hasta ochocientas cincuenta libras. Es de color azul y vive en el Mediterráneo, en el Mar Indico y también en el Pacífico. Su carne es muy sabrosa y apreciada.

Puesto al habla con los pescadores, que consintieron llevarme a alta mar, salimos del puerto de Pisagua a las siete y media de la mañana. A las ocho, habíamos dejado atrás la Punta Pichalo. Nuestra pequeña embarcación mide seis metros de largo por un poco más de un metro de ancho. Tiene una silueta muy fina de popa a proa, lo que si le permite cortar rápidamente el agua, le produce en disfavor un fuerte balanceo con mar gruesa. Los tripulantes de estos botes necesitan ser sanos y robustos porque es dura y pesada la labor. Los tres pescadores que me acompañan poseen estas cualidades: son musculosos y fuertes y dan una magnífica idea de la raza chilena. Mientras dos de ellos se aguantan a los remos, el tercero hace de arponero y de vigía. A las ocho cuarenta y cinco divisamos las aletas de la cola y del lomo de una albacora. El anuncio es como una chispa eléctrica que nos sacude los nervios. ¡Enemigo a la vista!

El tercer tripulante está de pie en la proa, con el arpón listo en la mano, mientras que los dos bogadores reman a toda fuerza en dirección al pez. A cien metros de la presunta víctima, se paran los remos para acechar el momento propicio a la aventura. Tienen muy buenas ocurrencias estos pescadores chilenos. Las exclamaciones se suceden a media voz:

—¡No se mueva, m'hijita; así no más!

—¡Vay a ver como te llega el Zi-zá!—y otras por el estilo.

De súbito, el pez—que aún nos ignora,—toma felizmente la dirección del bote... ¡Ya está, muchachos! Los dos tiran los remos a la vez, con tanto brío, que amenazan romperlos. Al ruido de la boga, el pez nos descubre. ¡Va a za-

bullirse! ¡Fuerte niños! ¡Adelante! Estamos, casi encima de él. El arponero lanza su primer arpón con destreza admirable: ha dado en todo el blanco. Inmediatamente lanza el otro, (el brazo de este hombre es una ametralladora) pero esta vez el tiro queda corto, no alcanza ya al pez en fuga. Mas, no importa; el primer arponazo ha prendido en carne viva. La albacora, herida, se sumerge; corren cuarenta brazas de cuerda hasta que el pez se detiene. Entonces el arponero, con la soga en la mano, afloja o recoge, según los movimientos del pez. Y este juego dura largo tiempo, hasta que la albacora muere. Han sido cincuenta y cinco minutos de persecución; ya la cuerda está floja y la víctima puede ser refl otada fácilmente a la superficie. Apenas, aparece a flor de agua, la rematan a lanzasos; el agua se pone roja al rededor del bote. El pez ha muerto. Se le hala al costado del bote y, para no desequilibrar la embarcación, nos colocamos dos hombres en las cuadernas fronterizas. Izada la albacora, ya la tenemos adentro del bote, con unánime regocijo. Es una respetable pieza. ¡Seiscientas libras más o menos! La espada, un metro de largo.

Mientras descansamos de la fructífera caza y atisbamos alguna nueva presa, pregunto a los pescadores si la pesca de albacora suele presentar peligros. El rudo hombre de mar, tostado por las rachas del océano, se sonríe gozosamente:

—Alguna vez hay novedades,—dice.—El otro día, un pez herido por el arpón en las agallas, que es la parte más sensible, se enfureció por el dolor y, tropezando con el bote a proa, lo taladró de parte a parte. Comprendiendo el peligro, me arrojé al agua, para aligerar el bote, y

mis dos compañeros se corrieron a popa. Felizmente, otra chalupa que corría la mar cerca, vino en nuestro auxilio y no sólo nos salvó, sino que rematamos al pez. Pero estos casos son raros; algo tiene que ocurrir, porque no es juego de niños.

¡Demasiado sabía yo que no lo era! Así terminó el relato.

Cruzando aquí y allá en alta mar, en busca de una nueva presa, divisamos otro pez a las doce en punto. Llevábamos ya cuatro horas y media de navegación primitiva. Otro bote pescador, que merodeaba en las vecindades estaba más próximo a la albacora, pero ignorante de su presencia. Sólo vino a darse cuenta de ella, cuando nosotros remábamos a toda fuerza en dirección al pez. Comenzó una carrera emocionante. Hubo gritos, insultos, maldiciones. Nuestro arponero, a pesar de la distancia, lanzó su arma pero erró el tiro. Los rivales, que estaban más cercanos, tuvieron mejor suceso. Con la fuerza de la boga, los botes quedaron casi juntos. Uno de nuestros bogadores, enfurecido, alzó el remo y lo descargó sobre el arponero del otro bote, quien hizo amago de lanzarnos el arpón. La pesca iba a terminar en tragedia.

—Canallas, cobardes, "cholos", —gritamos. —Dénnos nuestro pez; lo hemos visto primero.

Los otros nos insultaban también fuera de sí, prestos al abordaje.

Felizmente, la albacora alejó al bote enemigo un instante para soltarse después del arpón rival. Y, puesto en fuga, el motivo de la discordia, la paz vino por sí sola.

Media hora más tarde, arponeamos y matamos otra albacora de mayor peso, y, satisfechos del resultado, re-

gresamos al puerto. Los dos peces dieron un producto de mil trescientas libras, lo que significó esta vez para los tres pescadores una utilidad de ciento cinco pesos. En ocasiones, se ha pagado doscientos pesos por cada albacora, cuando la pesca es poco abundante. De todos modos, es remuneración escasa para una labor tan dura y tan viril.

¡No habíamos perdido la mañana, habían sido intensas y fructíferas las emociones! Se las recomiendo a los turistas que deseen sacudir sus nervios con una impresión nueva, cuando hagan un crucero por el hermoso mar septentrional de este país.

NERON

CONVERSABAMOS en el corredor del fundo en uno de esos atardeceres del Otoño que dan al campo el tinte dorado de las hojas caídas. Desde la colina en que las casas están situadas, una amplia alameda desciende hasta el camino real; la hojarasca amarilla acolcha la amplitud del sendero, poco transitado, después de la vendimia. En algunos álamos casi escuetos por los primeros frios del norte, una enredadera parásita cuelga racimos de flores rojas que la púrpura del ocaso hace aparecer luminosas.

Roberto ha hecho traer una pequeña mesa tejida con los mimbres del fundo y luego un jarro de greda cocida, con chicha de la nueva cosecha que burbujea como un champagne.

—Así evocará Ud. los criollismos de su mocedad, dice mi amigo, llenando los vasos. No le sirvo en «mate» por la poca estabilidad de estas vasijas de calabazo que exigen vaciarlas de un sorbo...

—Oh, nó, contesto yo modestamente; de todas maneras, gracias por su gentil cuidado de la «mise en scene». Los detalles son lo de menos ante este panorama chileno que es tan propio, de horizonte a horizonte, y con un anfi-

trión que ama tánto las cosas de su tierra como yo, a pesar de los refinamientos santiaguinos...

Bebemos chocando los vasos, y mientras encendemos un lujoso cigarrillo inglés, única nota discordante en la rusticidad del crepúsculo campesino, un perrazo enorme, algo viejo ya, ha llegado dando muestras de júbilo, me ha olfateado gruñendo afectuosamente y ha ido a colocar su cabezota de pocos amigos sobre las rodillas de mi amigo. Roberto acaricia con alegría al animal.

—Se lo presento a Ud., me dice; se llama Nerón y tiene una historia que no carece de interés. Puede que le sirva a Ud., cuentista criollo, este sencillo relato.

Nosotros ponemos atento oído, y hé aquí la narración:

—Este perro no se ha criado en el fundo, comienza Roberto, llegó aquí por una casualidad. Una tarde que yo regresaba a las casas, después de una vuelta por las siembras, me crucé en el camino con la Rosalía, madre de mi capataz. La mujer volvía a pie del pueblo cercano y venía seguida de su quiltrillo regalón y de este enorme perro, cuya belleza me llamó la atención.

—¿De dónde ha sacado Ud. ese perro? le pregunté.

—Nos ha seguido desde el pueblo, patrón; se hizo amigo de mi quiltro y se han venido jugando todo el camino. Ha sido inútil que yo lo corriera y amenazara.

—¿Y qué piensa Ud. hacer con él?

—No sé qué hacer, señor; el perro es muy bonito, pero como es tan grande no tendría ración con que alimentarlo. Debe comer más que dos peones juntos.

La belleza del perro, que era joven entonces, me sedujo, y le propuse a la campesina.

—Yo me haré cargo de este huésped, cuya alimentación le saldrá a Ud. tan cara, Rosalía, y me quedaré con él si no aparece dueño. ¿Estamos conformes?

—De mil amores, patrón; a la «hacienda» sí que le puede servir; si lo enseñan puede salir muy bueno para los animales.

Fué así como me quedé con el perro aparecido. Lo bautizamos «Nerón» y bien pronto se habituó a la casa como si en ella hubiera nacido. Llegó a ser el perro predilecto y el regalón de mi mujer, a la que acompaña indefectiblemente en todas sus excursiones por los alrededores.

Una de las particularidades del perro es que le manifiesta mucho apego a los rebaños. Generalmente, cuando se ausenta de la casa, es porque gusta de juntarse con el ganado lanar. Seguramente tiene algún ascendiente que fué perro pastor.

Debo hacerle ahora un poco de historia. Cuando el Nerón llegó a mi poder, no hacía mucho que yo había adquirido este fundo. Los cuatreros infestaban la vecindad y eran frecuentes los robos de animales, especialmente de ovejas. Yo me preocupé de limpiar de ladrones el contorno, sea haciéndoles perseguir por la justicia o adquiriendo pequeños predios colindantes que pertenecían a vecinos sospechosos. Antes de que adquiriera una de estas pequeñas propiedades, noté en varias ocasiones, que su dueño, un sujeto de dudosos antecedentes que respondía al nombre de Amador, mostraba por el perro una franca antipatía que el animal le pagaba de sobra, pues había que defender a aquél de las furias de Nerón, cada vez que llegaba a las casas.

—Yo no sé por qué este perro no me puede ver, decia siempre con cierto rencor el campesino.

Mas nadie acertaba a figurarse la causa.

Así las cosas, una tarde, el perro regresó de donde pastaba el ganado, en un estado verdaderamente lastimoso. Puede decirse que llegó a caer a mis plantas; horribles garrotazos le ensangrentaban la cabeza, las fauces y todo el cuerpo.

¿Quién había sido el criminal? Fueron inútiles las averiguaciones. Cuidamos al pobre bruto con todo el afecto que le teníamos. Mi mujer lloró por él como si se hubiera tratado de un sér humano. El perro estuvo casi agonizante por más de quince días. Felizmente, reaccionaron la robustez y la juventud del animal, y logramos salvarle de la muerte. Fuera de las profundas cicatrices, no quedó defectuoso.

Transcurrió el tiempo, y un día, al anochecer, vino a las casas aquel vecino Amador, de cuyos dudosos antecedentes ya le he hablado. Deseaba adquirir algo del despacho del fundo, y fuí yo personalmente a atenderlo, porque el empleado ya se había retirado, a causa de la hora. El perro no estaba en la casa; había seguido al mayordomo en el rodeo vespertino de la vacada. Para explicar lo que ocurrió después dentro del despacho debo comenzar por el relato del mayordomo. Amador había dejado su poncho antes de entrar, sobre el «varón» que cierra el frente de las casas. Cuenta el mayordomo que apenas divisó aquel poncho, se fué a olfatearlo gruñendo con verdadero furor, lo arrancó de la vara y lo revolcó desaforado por el suelo. En seguida, como un sabueso, buscó el rastro del hombre, ladrando locamente con el pelaje eri-

zado, y apenas halló el rumbo en el suelo, corrió violentamente hacia el interior de la casa en dirección al despacho, donde yo me encontraba con Amador. El mayordomo lo siguió, extrañado de la actitud del Nerón. Llega el momento de contar a Ud. lo que yo ví. La puerta del despacho había quedado junta. Me ocupaba yo de vaciar una medida de trigo en el saco que Amador abría entre sus manos cuando el perro hizo irrupción en el interior, atropellando violentamente la puerta. De un salto de tigre, el animal se arrojó sobre el hombre que no tuvo ni tiempo de gritar; los granos de trigo se derramaron por el suelo, y en la sorpresa del momento yo me quedé sin saber qué hacer, asombrado de aquel ataque repentino, viendo como se revolcaban por el suelo un hombre y una fiera.

El mayordomo entró después, acudió más gente y por fin, después de muchos esfuerzos, logramos encadenar al animal y evitar que despedazara a su enemigo. El hombre quedó lívido, tembloroso, casi desnudo y cubierto de sangre. Por suerte, la misma furia hizo ensañarse al perro únicamente con la ropa y evitó heridas mortales.

Tranquilizados los ánimos y lavados los mordiscos, cuya poca gravedad se pudo apreciar inmediatamente, nos asaltó a todos la misma interrogación:

—¿Por qué el perro le demuestra a Ud. tanto odio? Hable Ud., diga...

Amador no contestaba más que denuestos y amenazas, ya repuesto de la horrible impresión.

De súbito se oyó acusadora la voz del mayordomo:

—Este hombre debe ser el que apaleó al Nerón, señor,

cuando llegó casi muerto; por eso el perro lo aborrece tanto. Este badulaque tiene que confesar ahora mismo...

La mala fama del inculpado hizo que yo no me opusiera a ciertos procedimientos feudales de investigación.

Y, puesto en las anillas del cepo, el individuo hubo de confesarlo todo.

El perro lo había sorprendido robando una oveja, lo obligó a abandonar la presa y persiguió al ladrón en tal forma que este hubo de buscar su salvación en las ramas de un árbol. Allí lo hizo permanecer casi toda una noche, hasta que unos compañeros lo salvaron ahuyentando al perro. Desde aquella aventura, Amador juró vengarse del animal.

La ocasión propicia se le presentó al vengador cierta vez que encontró al perro en despoblado, lo persiguió a caballo, lo cogió de una lazada y le dió de garrotazos hasta dejarlo exánime creyendo que lo había muerto. Por suerte el perro volvió en sí, y fué entonces cuando llegó a las casas en un estado lastimoso, para permanecer por varios días entre la vida y la muerte.

He aquí la historia de un perro inteligente, que demuestra cómo la venganza es el placer de los dioses, de los hombres y de los animales...

PESCA

DE

ANZUELO

LA tarde se ha encapotado de nubes, a pesar de que la mañana fué luminosa de sol.

—¿Lloverá? le pregunto al viejo mayordomo.

—No parece, patrón. Aunque la reventazón del mar está al Norte, las nubes están muy altas. Cuando más, será garúa... neblina...

—Haga ensillar entonces dos caballos. Iremos a la playa con Licho.

—¿No manda otra cosa, su mercé?...

—Nada más; vamos solos.

Después del almuerzo, Licho revisa los útiles de pescar. Es muy modesto el equipo de Licho. Llevaremos, por todo, dos anzuelos, y el muchacho se ocupa de revisar las lienzas y de ver si no se han inutilizado las agudas puntas metálicas.

Yo no he pescado nunca en esta forma. Soy un ignorante completo. Esa es la novedad de la excursión. y cuando, de sobremesa, he preguntado en el almuerzo: ¿cuál es el programa de esta tarde? Licho ha saltado, en su simpático regocijo juvenil:

—Vamos a pescar con anzuelo, a la Boca; te vas a entretener.

Ya en camino, al galope de nuestras cabalgaduras, me informo de que mi hermano no ha olvidado la bucólica...

—Llevamos jamón, pan, duraznos y una botella de vino. Como a tí sólo te gusta el agua para bañarte...

—Magnífico, respondo; tú eres un héroe, Licho.

—No he cometido ninguna hazaña. La pesca hace pasar insensiblemente el tiempo y no podremos volver a la casa a hacer las once. Y por eso, antes de subir a caballo, me he dado mi vuelta por la despensa. ¡Cómo se vé que sólo sirves para escribir!

El "mocoso" tiene razón. A los diecisiete años me da a mí, que ya los veo lejanos, una lección previsora.

Vamos con rumbo a la "Boca", la desembocadura del pequeño río que se vacia al mar bordeando el acantilado, en cuya cúspide alza el Faro su esbelta torre blanca.

La marea ha tapado el canal de salida y así se ha formado, en la desembocadura, un caudal de agua profunda y verdosa que rebalsa las habituales riberas.

El alto muro del acantilado nos abriga del viento Norte; y allí echamos pie a tierra para comenzar la pesca.

Maneamos las cabalgaduras, única forma de impedir su fuga sobre la arena.

Después, Licho, me indica que debemos buscar "pulgas de mar", que son el mejor cebo para los anzuelos.

Y allí estamos los dos, despojados del vestón, para no acalorarnos, y abriendo, empeñosamente, amplios socavones en la playa húmeda del mar, para pillar los escarabajos saltones que hacen recordar, por su conformación, al repugnante parásito humano.

Ya con los bolsillos llenos de pulgas marinas,—que

hemos necesitado cubrir de la misma arena en que se escondían,—damos comienzo a la pesca.

Licho prepara los anzuelos. Sin vacilar, ensarta en los pequeños arpones metálicos los escarabajos que agitan desesperadamente sus múltiples patas en la agonía.

Después que todo está preparado, me da instrucciones para proceder:

—Se lanza, así, la "piola"... Hace dar varias vueltas a la lienza, que zumba en el aire, tensa por el trozo de plomo que lleva en el extremo, y por fin, la arroja al río.

—Ahora, dice, debes estar muy atento a que pique el pescado. Si sientes un tirón de la lienza debes recogerla de un breve esfuerzo, destinado a que el anzuelo prenda en las agallas del pez... Pero, no te apresures...

Arrojados los dos anzuelos, allí estamos los dos, con la lienza en la mano, esperando el leve tirón de los peces, porque, en aquel riachuelo, el pejerrey es tal vez la pesca más sabrosa.

Licho es el primero que da un grito de júbilo:

—¿No ves cómo picó? Estamos en la buena...

Recoge rápidamente la lienza y, al fin del hilo, que se va ovillando sobre la arena, aparece un pequeño pez que colea en la agonía, prendido de las agallas por el pequeño arpón.

—¡Bravo! grito yo entusiasmado. Ya no hemos venido de balde.

Mi hermano menor repite la hazaña dos, tres, cuatro veces. Y entre tanto mi anzuelo no prende ninguna agalla...

Me he llevado fumando, el anzuelo en la mano, con la

mirada vaga y perdida sobre las altas nubes obscuras, mientras el mar se azota furiosamente sobre la ribera.

El mar está bravío. Cuando sopla el Norte, olas inmensas se enarcan amenazadoras, como irguiéndose para alcanzar la altura de los montes cercanos, y se desploman después, con un furor de impotencia, en un rugido restallante.

Varias veces, Licho me ha hecho extraer del agua la "piola", que aparece desprovista de la carnaza. Se la han robado los peces y las jaivas ladronas del río. Las pulgas marinas que guardo en el bolsillo y que no he cuidado de cubrir de arena suficiente, por mi falta de práctica, me gatean por los hombros, por los brazos y por el cuello, para saltar después sobre la ribera o sobre el agua del río. Allí se ahogan prestamente los escarabajos de la playa. De súbito entre aquellos repetidos e infructuosos ensayos, siento algo que tira de mi lienza, como una mano del llamador de una campanilla.

—¡Eureka! grito; ya lo tengo...

Una excitación nerviosa, desconocida, parece electrizarme a través del hilo. La "piola" está fondeada a bastante distancia y, recordando mi niñez, recojo la lienza con rapidez vertiginosa, como cuando jugaba al volantín. Por fin aquello surge del agua, y un hermoso pejerrey aparece coleando a mis pies.

Y Licho, que me ve brincar como un niño, en un júbilo desesperado, se ríe de mí a carcajadas.

—¡Qué inútil eres, hermano, qué inútil! Los peces y las jaivas ladronas del río te han comido más de cincuenta pulgas antes de pescar un pejerrey.

En cambio, yo que estaba cansado de la inútil y larga

espera, he resuelto no descomponer el brillo de mi hazaña. Dejo que Licho siga la pesca y yo me quedo gozando de mi triunfo, después de beber un vaso de vino, con el cigarro prendido entre los labios, pensando que Ella no ha podido morder el anzuelo todavía...

LA VIL

ROBERTO Lansen no se distinguía por su ligereza interior. Tenía fama de reconcentrado y hasta de huraño. ¡Franco sí que era! Si daba una opinión, era rotunda y valiente, si se entregaba a alguien, era con la verdad en los labios. Costaba, eso sí, llegar a su corazón. Roberto no se prodigaba.

La apostura moral no se diferenciaba de la física. Diez años en las filas del Ejército, como oficial artillero, le habían dado ese empaque militar que en los hombres de espada suele subsistir cuando visten el traje de paisano.

La «divina vertical», que dice Blasco Ibáñez, subsistía en la arrogancia de su porte y en la serena altivez de su espíritu. Rectos y duros eran su alma y su testuz, pero el alma de Roberto Lansen no tenía la aridez de los terrenos estériles, sino que ocultaba un fondo de sentimentalismo casi romántico.

A mi regreso del veraneo, la primera visita fué para mi amigo.

Lansen vivía en una calleja colindante del cerro Santa Lucía, en una casa antigua y pequeña, pero que Roberto mantenía limpia como un espejo y con cierta coquetería

de muchacho soltero que espera de un momento a otro la llegada de su señora y dueña...

Un tabique derribado, en vez del cual Lansen había hecho colocar una galería de cristales, daba a la casa una preciosa vista sobre los macizos de árboles y los caprichosos senderos del cerro.

Allí, en el hall improvisado, que era el sitio predilecto de Roberto, lo encontré en mi visita, después del veraneo.

Mi primera pregunta fué por Ella. Muy bonita era, uno de esos rostros ingenuos y deliciosos que sombrean naturalmente las pestañas, sin recursos de tocador.

Y luego, las ojeras adorables...

—Dime, Roberto, le dije cuando la conocí ¿te desconciertan como a mí esos ojos de mujer prematura, sombreados como los de una pecadora?

Porque Rina Ilamín era muy joven.

Mi amigo guardó silencio, uno de esos silencios que detienen todas las preguntas, como si una sospecha intuitiva, casi animal, cerrara los labios.

Roberto sonrió y me golpeó el hombro con su gesto habitual de afectuosa camaradería.

Yo había tratado a Rina. No tenía nada de espiritual, era una fascinadora flor de carne. Un temperamento reconcentrado la transformaba en una esfinge que se dejaba admirar indiferentemente, convencida de su valor de hembra joven y bella.

¡Ay de los que se dejan embrujar por esas estatuas vivas, cuya elocuencia está en la gracia no aprendida de un cuello muy blanco y de unos brazos tentadores que parecen ofrecer la felicidad como un brazado de flores

recién cortadas! Cuando le pregunté por Ella, Roberto sonrió con fatiga, encendiendo maquinalmente un cigarro, y su mano pálida, casi exangüe, mano de artista que disonaba en su físico robusto de luchador de circo romano, quiso dibujar un ademán de fastidio.

—¡Ahí queda eso! masculló, mordiendo despectivamente el cigarrillo.

Se levantó para traer una botella barriguda de Canadian y un sifón y, luego de servir los vasos, me miró largamente antes de hablar:

—Esto ayuda a pensar... No sabes cómo te agradezco este desahogo. Hablar con un amigo como tú, es sacarse la lotería.

—Gracias... Cuenta...

—La historia es muy corta. Para un estudioso como yo, que tantas veces ha ahondado estos casos, no es difícil encontrar las causas, pero es muy doloroso, por eso mismo. Yo he pensado... después... Antes había una niebla en mi cerebro, porque era todo corazón. Mi pecado fué tomarla en serio.

—Dices la verdad, ya no eres un muchacho y debías de haberlo arrojado todo por la borda. Cuando el mar se pone peligroso, hay que aligerar la nave...

—Tantas veces lo he hecho, tantas veces he jugado con la vida que alguna vez debía equivocarme...

Cómo fué este renuncio, esta caída de mis 28 años ante un rostro adorable, pero casi idiota, no lo sé... Ahora siento una rebelión de todo mi ser, y de haber sido tan ingenuo siento vergüenza y hasta deseos de llorar...

—Pero, ¿qué has hecho?

—Entregarme como un infeliz, como un estudiantillo

que comienza a galantear a las midinettas del «centro»... En una palabra, descubrirme, manifestar que estaba enamorado.

—Don Juan en las redes....

—Dices la verdad. Mi desengaño fué horrible... una historia vulgarísima, tan vulgar... Yo no divisaba el rival. ¿Lo podía divisar, saboreando la boca que yo creía intocada, sintiendo unos brazos muy bellos que se enlazaban a mi cuerpo, sabiéndome amado con una dulzura profunda? Me creerás, me has de creer, porque te digo la verdad. Aquel abandono total solía avergonzarme. Guardaba el secreto de aquel cariño como un tesoro. Y es que el amor me hacía confesarme de un pecado nuevo. Sentía miedo de ser amado así por una muchacha ingenua que comenzaba la vida.

En mucho tuvo la culpa un incidente familiar. Mi tía Nieves, que hace las veces de madre, me escribió en esos días. Mi prima Julia, tan afectuosa, tan buena, se había enredado en un afecto por un hombre vulgar. Aquello comenzaba, era un pololeo sin consecuencias, pero aquella inclinación primera de una chiquilla que recién alargaba la falda había alarmado profundamente a los míos. La tía Nieves había tomado medidas enérgicas, me notificaba de ellas en una carta y solicitaba mi intervención.

¿Me creerás que este incidente de familia apaciguó mi temperamento displicente, un poco cínico, de conquistador sin escrúpulos? Yo tenía una hermana; yo debía respetarla a Ella. Y fuí Quijote y fuí caballero intachable.

¡Cómo Rina me pagó aquel respeto!

Y la historia vulgar y repugnante comienza.

Apareció un pariente lejano, o padrino... ¡qué sé yo!; un sinvergüenza que llegaba del extranjero después de una larga ausencia.

Aquel hombre, que había conocido a Rina en la cuna, que solía enviarle regalos, en sus viajes, encontró a la muchacha transformada en mujer bellísima, tentadora en su fragante juventud. Y el recién llegado se enamoró de Rina. Yo no me dí cuenta de aquellos homenajes casi incestuosos. Algo me llamó la atención oscuramente, porque sólo me privaba de la antigua libertad. Cuando yo conversaba con la muchacha, el pariente era una sombra importuna; aparecía cuando nadie le llamaba. Con una atención empalagosa, me colmaba de atenciones, y estaba siempre entre ella y yo...

Recuerdo que alguna vez les encontré juntos. Rina regaloneaba con aquel pariente vomitado por la fatalidad; tenía con él confianzas desconcertantes. Pero aquel parentesco y aquel afecto de solterón, no me hacían abrir los ojos. Hasta que lo supe todo...

El hombre no vale nada, una vulgaridad; no posee un solo aspecto para atolondrar la cabeza de una muchacha. Ni sus dientes, amarillos por el tabaco, ni su cabello encanecido, ni su apostura desnuda de toda distinción, son para conquistar a nadie. Y aquel hombre vulgarote e insignificante, desnudo de toda espiritualidad, fué el rival mío.

Un sirviente me abrió los ojos. Aquellos labios virginales que yo tenía miedo de besar, para no mancillarlos de pecado, besaban al otro en la boca oscurecida, por la nicotina.

Yo no quise conocer mayores detalles. Tenía la cia de aquella traición, y en la primera ocasión qu. encontré a solas con Ella me vengué cruelmente.

No creas que el ultraje le dolió... vinieron explicaciones, ruegos... Yo no quise volver. Y aquí me tienes curándome de la herida... ¿Recuerdas lo que yo te decía antes? «Yo no me enamoraré nunca. A los enamorados se les cae la baba... «¡Que infelices son»!

Y yo fuí uno de esos infelices!...

Y mientras vaciábamos los vasos de un sorbo, no pude menos de exclamar:

—Lo que no impedirá, que vuelvas a enamorarte de nuevo. Al fin y al cabo una mujer bonita puede ser todo lo vil que tú quieras, pero todos los fracasos se endulzan con el recuerdo de los labios que se nos abandonaron en un instante fugaz y delicioso, aunque fueran mentidos...

—La vil, la vil... monologaba Roberto Lansen, con el rostro ensombrecido.

ABENCERRAJE

EN el corredor del fundo, esperamos la hora del almuerzo leyendo los últimos diarios recién llegados. ¡Qué agradable es hojear periódicos y revistas a trescientos kilómetros de la capital!

Pacho Lánez, el joven propietario de la estancia, ha hecho más agradable la hora ordenando servir un aperitivo. Está bien provista la bodega. El sirviente acerca una mesa liviana y empuña como un maestro la cocktelera.

—Les parece bien un whisky sour? ¿O un bitter batido? Les aconsejo lo primero; en batidos este muchacho se la gana a Tarssetti...

Ante la recomendación optamos por el whisky sour.

Paladeando el aperitivo que resulta un tesoro para aquellas latitudes, Juanito Rotter insinúa un deseo:

—¿Sabes? le dice a Pacho; tengo una idea. Tú sabes que acabo de poner mi casa, una pequeña garçonniere, con las comodidades que necesita un hombre de letras como yo. Estaba ya aburrido del eterno departamento en casa ajena. Para venirme a veranear dejé arreglado el *home* esperando estrenarlo a mi vuelta. Pero me falta algo...

—Sí, interrumpió Carlos, te figuras que Pacho tendrá muchas bellas inquilinitas en su fundo ¿y?...

—No seas niño... A mi edad no necesito ayudas de esa naturaleza... Necesito un sirviente, un muchacho que deseo educar yo mismo.

—Lo educarás muy mal...

—No tienes pasta de maestro...

—Con el ejemplo que le darás...

Así fueron nuestras regocijadas interrupciones.

—Estoy hablando en serio, continuó Juanito Rotter y yo te quería pedir, querido Pacho, que me indicaras algún súbdito de tus extensas pertenencias. Pero, ya sabes, quiero un pequeño oso, cuya civilización se deba únicamente a mí.

—Ya lo tengo, saltó Pacho alegremente... Abencerraje! ah! te lo cedo por escritura pública, es tuyo desde este momento.

—¿Abencerraje? Abencerraje! exclamamos todos. ¿Quiéres explicarnos?

—Un apodo que se me ha ocurrido a mí. Ya le conocerán ustedes. Les invito a cazar a Abencerraje. No teníamos programa esta tarde. Ya verán.

Y sonó la campanilla del almuerzo. Pacho dió órdenes para partir a caballo una vez que nos levantáramos de la mesa. Y aquí comienza la historia.

***

Vaya que nos costó cazar a Abencerraje. Figúrense ustedes el desierto de Sahara, a orillas del mar: arena y más arena. Subíamos y bajábamos en un trote de sport que

ponía a las bestias sudorosas y jadeantes. Allí no habitaba nadie. Alguna vez cruzaban el cielo alguna gaviota errante o unas grandes aves negras—los jotes, según supimos después—esperaban el súbito fallecimiento de alguno de nosotros, dibujando siniestros círculos en el espacio impasiblemente azul.

—Esta es broma demasiado pesada, refunfuñaba Oscar Fany.

—No hay derecho, exclamaba otro que no estaba acostumbrado a aquellos galopones al sol quemante de Febrero.

Sólo Juanito Rotter no decía nada, recordando los ejercicios obligatorios de picadero efectuados en su servicio militar y chorreando la crema de almendras con que disimulaba sus arrugas de vividor prematuramente envejecido.

Por fin llegamos. En la sábana de arena, comenzamos a ver dibujarse una excrecencia negruzca, como un fuentón teñido por el humo y vuelto al revés.

—¡Voilá! gritó Pacho, que guiaba la caravana, deteniendo el soberbio mulato que montaba. Aquí debo sentirme un Hindenburg. El Estado Mayor debe reunirse para deliberar la forma en que debemos asaltar la trinchera enemiga sin pérdida de vidas.

Juanito Rotter se puso pálido y exclamó:—¡Bárbaro! ¿Qué hay osos legítimos en estos arenales? Yo te hablaba de un muchachillo que fuera un oso para darme el placer de educarlo. Pero no siento el menor deseo de cazar osos ni leones, ni tigres de Bengala. ¡Le tengo mucho apego a la vida!

Pacho soltó una carcajada y comenzó a dar sus órdenes a gritos:

—Julián, Juancho, Pedro, desenvainen los lazos.

Uno al norte, otro al puelche y el de más allá a la travesía. Estos peines no yerran tiro. El grueso de la tropa, es decir nosotros, atacaremos la fiera por el sur.

Una vez acatadas estas disposiciones, Pacho Lánez que montaba a la chilena y que también había desenrollado el lazo de su montura, se alzó en los estribos y nos gritó, enterrando espuelas:

—Espero que mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Seguid mi penacho blanco!

Lo seguimos, para no afrentar la cita histórica, porque Pacho llevaba un amplio "guarapón" negro en el cual no se veía penacho blanco alguno.

No valdrá la pena detallar la cacería. Bajamos la cuesta de arena como un turbión, apuntalándonos firmes para no caernos. Los mozos criollos lazo en mano, armaban un vocerío de los mil demonios. Vimos que del fuentón dado vuelta que habíamos divisado a la distancia y que resultó un mísero rancho, escapó algo rápido como un zorro. Aquel sér huyó de un lado para otro, el círculo se estrechó y fué el lazo de Julián el que lo echó por tierra.

—Bravo, Julián, gritó el jefe, es decir Pacho, y junto con él, que dió el ejemplo, nos desmontamos todos.

Allí estaba la fiera acorralada. Era Abencerraje. Así lo comprendimos ante el nombre que Pacho le daba.

Aquello no era un muchacho. Más bien parecía un puerco-espín. Unas cerdas hirsutas le cubrían el cráneo. No llevaba más vestimenta que los restos deshilachados de un poncho, los que apenas le tapaban la cintura, y

aquella fiera humana de catorce años pataleaba y gruñía como un energúmeno, mostrando unos dientes filudos como los de un antropófago.

—Acércate, Juanito Rotter, le gritó Pacho, ¡aquí tienes al pequeño oso que tú deseas domesticar!, te presento a Abencerraje.

Juanito no se atrevió a hacerse cargo de la fiera y desde entonces le apodamos regocijadamente Abencerraje, sin que jamás se le haya ocurrido enojarse por el apodo.

CANTARO MATERO

I

MIS largas piernas canijudas eran la envidia de "Cantarito".

—¿Por qué a unos les dará Dios de más y a otros de menos?, exclamaba a menudo con cierto despecho irónico.

Sus ojos pequeños y vivaces, pelados de pestañas, medían, desde abajo a arriba, mi alta estatura de adolescente, con verdadera voluptuosidad:

—Ay! Son piernas las que me faltan, Maño, pero corazón me sobra...

Y, en verdad, que el corazón le sobraba a "Cántaro".

La personalidad de mi amigo tiene el dolor de las obras truncas y extrañas de la vida. No haber nacido como se quisiera, en un hermoso equilibrio de las facultades; sentir el cuerpo desmedrado como una dura cárcel que aherroja el espíritu y le deforma angustiosamente en ansias perennes jamás satisfechas. Comprender la infinita tristeza que lloran las guitarras de la aldea:

"Me traicionan las alas,
volar no puedo..."

"Cantarito" sentía aquel dolor; se daba plena cuenta de aquel injusto castigo que la naturaleza le hacía sufrir por toda la vida. No era como los que viven enteramente ciegos para conocerse a sí mismos; pero sólo se abandonaba a la tristeza de su suerte en instantes fugaces de confidencias, envolviendo sus clamores de rebelión en una bizarra conformidad, en una simpática ironía de que él mismo se hacía víctima.

—A lo hecho, pecho... Cada uno se amarra los pantalones como puede... Los más diablos se los amarran con rieles...

Y volvía, fácilmente tornadizo, a su natural alegre, bullicioso y dicharachero.

Con mi carácter tristón de adolescente, en que ya apuntaban extrañas taciturnidades de literato, "Cántaro" era un compañero que resultaba una joya.

Casi completamente calvo, a los cuarenta años, aquel cráneo puntiagudo de bufón encerraba un verdadero tesoro de amor a la vida, de alegría sana, de filosofía burlesca, que allanaba todos los caminos en su desprecio por el análisis, y de confianza en sí mismo; confianza verdaderamente extraña y milagrosa en aquel cuerpo enano que parecía escapado de un cuadro de Velásquez.

El conocía la vida porque había chocado con ella; porque, desde la niñez, fué hostil para su naturaleza deforme y atormentada. Y así era un precioso auxiliar de mi adolescencia que comenzaba a abrir sus ojos asombrados. Y, para mis ideas y sensaciones de muchacho, su simple filosofía de campesino, sin complejidades intelectuales, porque había sido muy breve su paso por las aulas, estaba como hecha para ponerla a mi alcance.

Se esforzaba a cada momento por hacer notar nuestras diferencias y darme un baño de energía y virilidad:

—Si yo hubiera sido como Ud., Maño, si Dios me hiciera el don de su cuerpo, y nada me faltara como a Ud., otro gallo me cantaría...

Reía estrepitosamente y enderezaba su estatura diminuta; y hacía gestos de matón, contrayendo los músculos esmirriados:

—Yo, con su cuerpo y con mi edad, no le tenía miedo a nada ni a nadie... y a gozar que la vida es corta... y a remoler en un buen caballo... y a querer a las chiquillas.

Se relamía los labios de gusto a esta sola evocación.

De veras, que mi amigo era todo un pequeño grande hombre para las cosas del campo. Pocos jinetes como él, con sus cortas piernas arqueadas y diminutas. Dominaban el potro más cerril sus pequeñas manos de niño regalón, extrañamente bellas en un físico que no tenía ninguna hermosura. Hábil en todas las hazañas de los jinetes huasos, enlazaba tan bien un novillo bravío a "pehual", como "tiraba y remolía" un caballo en las fiestas campesinas, con una maestría que admiraba la comparsa.

—En un buen caballo, con una chiquilla buenamoza en ancas, el mundo es chico para mí, solía exclamar a menudo.

Era muy enamoradizo. Nunca en cuerpo más deforme se encerró un espíritu más virilmente galante. Y no parecía sólo deforme el cuerpo, porque el rostro resultaba una exagerada creación caricaturesca. Una enorme nariz protuberaba de la cara aflautada, entre los dos ojillos vivaces y pelados, dando la impresión de la cabeza de un alcatraz. De aquí el apodo de *"Cántaro" o "Cantarito Ma-*

tero", con que denominaban a mi amigo y pariente Juan Antonio Albánez.

Aquel rostro ahuyentaba el amor como el culpeo ahuyenta a los pájaros al cruzar por el monte... ¿Qué dulces labios de mujer iban a abandonarse a la caricia del endríago?

No desfallecía por eso. Ninguna muchacha bonita se escapaba al pasar, de un requiebro suyo. Al haber sido bufón de una corte, princesas habrían escuchado sus galanterías.

—No hay mujer que un hombre no merezca, decía, y agregaba expresiones dignas de Bocaccio.

Mi tímida adolescencia admiraba aquellas bizarrías de mi pariente. Cuando, al andar en su compañía, alguna muchacha me ponía buenos ojos, era de oír el chaparrón que borbotaban sus labios:

—Yo había de ser Ud., Maño; a mí me había de mirar así... "El que se manea es vaca"... Si no tiene más que tender la mano para coger la fruta...

¡Pobre Juan Antonio que vivía consumido por una ansia eterna de amor! ¡Tántalo que la Naturaleza—cruel como una madrastra—había condenado a sentir perpétuamente roídas las entrañas por una sed implacable...!

—¿Cuándo hallaré una aburrida de su vida que me quiera? era su expresión frecuente, en la que no se adivinaba el menor asomo de desesperanza...

II

Juan Antonio halló la "aburrida de la vida". Cortejó mucho tiempo a la Martina, moza bella, robusta y cas-

quivana, que había tenido sus historias... La muchacha había abandonado el hogar paterno dos o tres veces, a la siga de un amante; y había vuelto después al seno de los suyos, como si tal cosa; jovial, desparpajada, con poca vergüenza y mucha alegría sana y animal. Aquella rica hembra que vendía salud y echaba dos chorros de luz por los ojos, capaces de incendiar un trigal, despertó el apetito, fácilmente inflamable, de "Cantarito".

Es natural que en un comienzo, el enano, valido de su condición social, superior a la inquilina, y a la fama ya manoseada de la moza, soñó en una conquista fácil. Pero hubo de ver claro en poco tiempo que no avanzaba un ápice en el ánimo de la Martina, quien era dura roca a las apasionadas insistencias de su amador.

Por fin, la campesina astuta pensó que Juan Antonio no era mal partido. Tenía la ruinosa casa de sus antepasados, en el centro de unas cuantas yugadas de tierra, últimos restos de un pasado esplendor de familia. Una pequeña vaquería, algunas hileras de cepas, que daban una buena vendimia, varias cabezas de ganado lanar y tres o cuatro caballejos le daban cierto prestigio de propietario. Y luego "Cántaro" era "gente", eso sí, caballero por todas puntas y emparentado con ricos.

Bien feo era el pobrecito; tan raro, que cuando iba al pueblo le perseguían los chiquillos vagos por las calles, alarmados por la nariz descomunal... Ya se lo figuraba al lado suyo, no más alto que a los pechos de ella, arqueadas las cortas piernas, y la cara de pájaro barbilampiño, con aquella descomunal nariz... ¡Vaya que tal marido era para limpiarse la boca con él! Pero, ¿consentiría en casarse el pigmeo, que sin preocuparse del sam-

benito de su figura para nada, tenía hígados para atrevérsele a cualquiera mujer?

Y "Cantarito Matero" consintió; ella le fué empujando hábilmente al yugo, hasta que un día la comarca se asombró con la noticia del matrimonio.

Los comentarios no eran benévolos... ¿Qué otra mujer que aquella "arrastrá" podía resignarse a ser la esposa de semejante adefesio? Se necesitaba tener estómago...

Otros defendían a Juan Antonio: ¡Claro que no era una lindura; pero tenía donde caerse muerto, y era "gente", mientras que ella: una "china"!

Sólo yo sabía la verdad. El enano era de un gran corazón, capaz de cualquier bello gesto; ninguna cosa le asustaba a aquel cuerpo contrahecho y al espíritu rebelde que encerraba ¡Ni aún el matrimonio con una mujer de mala fama! El la quería y lo demás estaba de sobra. Comprendía que muchas leyes divinas y humanas no se habían hecho para él, que era una excepción, que había nacido distinto de los demás. Y tenía el valor de hacer su vida, a su gusto. Amaba a aquella hembra hermosa y fuerte, en toda la flor de su juventud, y la iba a hacer suya por el único medio que el destino ponía en sus manos. Que si antes había sido de otro, era lo de menos; de ahora en adelante iba a ser sólo de él...

Juan Antonio hizo su esposa a la Martina, contra viento y marea, aguantando las pullas y los pelambres de la parentela y de los camaradas.

¿No era dueño de sus actos? Porque eso le había dado el destino: una viril entereza. Era diverso de los demás, un fenómeno, un pigmeo; y, por lo mismo su vida no podía ser ignal a la de los otros: los hermosos, los feli-

ces, aquellos para quienes la vida no tiene aristas y es suave corriente que se desliza sin encontrar vallas.

¿Cuánto duró la dicha de "Cántaro"? Lo que podía durar, porque la vida es sobria, y da el filtro de la felicidad a sorbos, avara de sus dones; porque la dicha, como el oro, nada valdría si no fuera escasa...

III

En rigor de verdad, la Martina no amaba a "Cantarito". La buenamoza, después del triunfo alcanzado por el matrimonio, llevaba esa vida vejetativa de la mujer corrida que ha sabido ennoblecerse por cálculo. Aquel fenómeno de su marido no era para satisfacer ningún corazón femenino.

Y luego el pigmeo era insolente: a cada paso, en cualquier conflicto íntimo, tiraba a la cara de su mujer los pergaminos y, lo que era más duro, la enrostraba su pasado. La disputa se hacía más agria cuando la Martina, con toda agresividad quería sellar la boca del esposo:

—¿Y qué otra se hubiera querido casar contigo...?

Se pegaban a veces. La hembra robusta y garrida se admiraba de la violencia dsl pequeño sér adherido a sus faldas, y como él era más fuerte de voluntad y de espíritu, ella, aunque ilesa en la refriega—concluía por llorar, mientras que "Cántaro Matero" se paseaba a grandes pasos de sus cortas piernas, sin mirar la sangre de los golpes de su mujer, que le manchaba la ropa en hilillos oscuros. El era un triunfador, él había vencido porque no lloraba con la debilidad de una mujer... ¿Qué nube de

rebelión terrible cruzaría por su cerebro que, a pesar de aquellas caídas, sentía el alma tan grande, tan grande, desbordarse de todas las dimensiones de su cuerpo?

La vida del matrimonio tenía la monotonía de los llanos vecinos, las tierras de secano con herbajes raquíticos y espinos, siempre espinos que parecían bostezar en un desperezo de sus brazos nudosos.

Sólo a los bordes del río (de armonioso nombre: Tutuvén) o en la cercanía de algún puquio, la pincelada verde de los sauzales y de las pataguas refrescaba la pupila; cuando no era la mancha alegre de un viñedo que trepaba la loma o de un maizal nuevo que hallaba lozanía en la humedad de alguna vega perfumada de poleo y yerba buena.

En la pequeña extensión de la heredad, los cultivos eran rústicos por demás: se reducían anualmente a un barbecho de trigo y a otro de chácara; y a la vendimia de unas cuantas cepas que daban un vino dulce, oloroso y grueso. Era el famoso vino de Cauquenes, no inferior a los mejores caldos de Porto, y que Juan Antonio cosechaba por medios absolutamente primitivos. La bodega tenía aún lagares de cuero, y la uva se refregaba a mano sobre barandas de colihue.

Para el mosto, el famoso mosto, los racimos se colocaban en tendales al sol, sobre la tierra rapada a pala, con pequeños canales de desagüe para el caso de lluvia. Y cuando ya los racimos asoleados comenzaban a arrugarse, casi en estado de pasas, se conducía la uva a los lagares para ser refregada.

Era originalísimo y nada limpio ni higiénico, el sistema de pisar los lagares para que el orujo exprimiera todo su

jugo: la máquina usada era el hombre; y así se buscaba un mocetón robusto y limpio que se entraba desnudo al lagar para ejecutar la faena. En los grandes lagares, hechos de varios cueros de novillo cosidos, y con la costura ensebada para evitar filtraciones, el peón encargado del trabajo solía quedar sumergido casi hasta el pecho; y el hombre sudaba, saltando y machacando el orujo con los piés.

En tal forma se fabricaba a veces, en los pequeños viñedos, el delicioso vino de Cauquenes que los santiaguinos pagaban a precio de oro...

La vasija no era menos primitiva, pues al lado de los fudres modernos se conservaban viejas y grandes tinajas de greda, algunas casi de la altura de un hombre, y que se tapaban con una rodela de madera cubierta de una barrada de ceniza.

* * *

No era muy amena la existencia matrimonial. Juan Antonio se levantaba muy temprano del lecho común, despertaba al peón que dormía en la pajera y con él sacaba del corral el puñado de ovejas que constituían todo el ganado lanar, y que permitían matar un cordero para las solemnidades y vender para la trasquila unas libras de lana.

En seguida desataba las dos yuntas de bueyes y el par de novillos de amansa que dormían amarrados a los postes del corredor, frente a la ventana del dormitorio de "Cántaro"; porque esas precauciones eran indispensables, dada la insolencia de los cuatreros que infestaban el lugar. En un cuarto oscuro, vecino a la cocina, y que se clausuraba atravesando la vieja puerta, caída de sus

goznes, se encerraban los terneros de las dos vacas paridas, que la Martina lechaba apenas salía de la cama. Después, Juan Antonio ensillaba su bestia de labor, una pequeña yegua defectuosa de las caderas, sobre la cual hacía la figura más extraña del mundo, y se iba arreando hacia el potrero, la pequeña hacienda, no sin llevar de tiro el caballo de los días de fiesta y de los viajes a la ciudad. Se llamaba el "Centella" y era un hermoso potrón chileno, con todas las buenas cualidades de la raza; de pelaje bayo y tusa negra, que "Cantarito" había adquirido en una hacienda vecina, consumiendo en el precio todos sus escasos ahorros. El bruto era una verdadera centella cuando el jinete lo revolvía o lo "desnalgaba" a orilla de cerca; y él, que hacía triste figura en su yegua descaderada de los días de labor, parecía agigantarse cuando montaba su caballo favorito, vistiendo sus mejores arreos de huaso y calzando las grandes espuelas que disonaban en su diminuto pié de pigmeo.

Era en aquellas ocasiones cuando la Martina no se desconsolaba, como de costumbre, del marido que le había tocado en suerte. Espléndido jinete era Juan Antonio, un centauro campesino, capaz de todas las proezas, y ella, mujer de campo al fin, amorosa de todo lo huaso, se olvidaba de la impresión desastrosa que su marido le causaba en pié, cuando le veía a caballo, con el poncho atravesado, "a lo matón", y la apostura de un hombre seguro de sí mismo. No todos montaban como él: tenía el pigmeo una gallardía que talvez viniera de su antigua sangre de patrón que se hacía más altiva debatiéndose contra una naturaleza defectuosa y su miseria dorada de propietario venido a menos... Todos los suyos habían si-

do orgullosos hidalgos de la tierra, desde tiempo inmemorial; y recordaba con tristeza las tallas altas y vigorosas de sus antepasados y de los parientes que ahora no le miraban porque estaba pobre y se había casado con una inquilina...

IV

Por sabido se da que la Martina no amaba a su marido: pero desde el matrimonio no había dado que hablar con visos de realidad. Las malas lenguas decían que le engañaba con Ñacho, el mayor de los Norambuena, pequeños propietarios colindantes y mozos de mala fama, amistados con cuatreros y bandidos.

Ñacho paraba mucho en casa de Juan Antonio y con él se canjeaban frecuentes servicios de vecinos. Aunque era su comensal y amigo, Ñacho no olvidaba que la vieja casa de «Cántaro» había tenido leguas de tierras al rededor, que sus dueños habían sido ricos y señores, y así, pese a la confianza, no había podido acostumbrarse a suprimirle el «Don» al dueño de las viejas casas ruinosas. Un respeto tradicional heredado de varias generaciones hacía posible aquel formulismo que chocaba en un mozo altivo y formidable como Ñacho, junto al cual «Cántaro» parecía un bastón... o un crío...

Talvez si aquella moza casquivana e impulsiva que era la Martina guardaba las apariencias y parecía olvidarse de su pasado era, porque su situación de esposa de Juan Antonio tenía sus compensaciones.

Ella recordaba, como Ñacho Norambuena, sus tiempos de chiquilla, cuando iban a visitar humildemente,

llevando un presente rústico a Doña Nieves, la orgullosa madre de Juan Antonio, apenas la señora llegaba a veranear al fundo. Ellos eran medieros de la hacienda, sirvientes modestos que regresaban al rancho deslumbrados por el lujo de los patrones y haciéndose lenguas para ponderar la magnificencia del «retorno» con que la patrona correspondía siempre al obsequio.

¡Cómo figurarse que aquella orgullosa familia se hubiera arruinado y desaparecido como por obra de una bíblica maldición!

Todos habían muerto: el caballero, don Ruperto, la señora Nieves, tan altiva y tan gran señora y los hijos hermosos y plenos de salud. Sólo había quedado «Cantarito», que era el lunar de la familia: un pigmeo. Y de la hacienda que los Albánez habían heredado desde los tiempos del Rey sólo restaban unas pocas cuadras de terrenos, rodeando las viejas casas ruinosas; y dueño de estos modestos pingajos de una fortuna, Juan Antonio Albánez, el «Cántaro Matero», y ahora su marido... ¡Cuánta mudanza en el tiempo!

La Martina creía soñar. De la extensa casa, sólo restaba en buen pié el departamento que antes ocupaba el mayordomo. Allí Juan Antonio había reunido unos cuantos de los antiguos muebles salvados de la ruína. Con ellos había amoblado una sala que todavía era la envidia de los labriegos. Constituía todo su lujo la espesa alfombra descolorida por los años, dos enormes sofáes de cuero negro, que llenaban cada uno un entrepaño de la muralla; una gran mesa de caoba al centro cuyas gruesas patas retorcidas figuraban dragones con las fauces abiertas; y un amplio sillón claveteado, con espaldar labrado a ma-

no, por un artífice poco respetuoso del dibujo y de las proporciones. Aquel sillón había sido la joya de la familia y, sentado en él, don Ruperto, había administrado justicia cuando como sus antepasados, era autoridad y juez de aquel Partido, antes de la vigencia de los modernos Códigos.

La Martina se enorgullecía de aquellas muestras de un pasado esplendor. Ahora, ella era dueña de los grandes y pesados muebles de sus antiguos patrones; y cuando su madre o sus parientes venían a visitarla, sentía una rara satisfacción repantigándose, ella y los suyos, en aquellos antiquísimos sofáes que conservaban la altiva huella de los Albánez. Su madre, una labradora vivaracha y locuaz, no gustaba de aquellas aparatosas comodidades:

—No, chiquilla, la decía, ya tengo las piernas malas; acércame un pisito bajo para sentarme a la orilla del brasero y tomar mate a gusto y no tan encopetada...

.....

V

Yo no presencié la tragedia de Juan Antonio. Encargado por mi padre de hacer el inventario y de recoger los papeles de la herencia, llegué un día, después de unos quince años de no haber visto el último terrón de los Albánez, al rancho de inquilino, pegado a los restos de la casona y último resto de lo que fué una gran hacienda señorial.

Allí vivía un guardador de la propiedad. Unos viejos naranjos quemados por la falta de agua y enfermos de

abandono, se asomaban por las tapias derruídas. Grandes tinajas de greda rotas en fragmentos hacían recordar la antigua bodega; y, entre ellas, la armazón de un lagar, enderezada, como el marco de una puerta, mostraba los jirones del depósito de raído cuero de novillo.

Clemente Páez, el guardador, un viejo de barbas casi blancas, y de ojillos vivaces, que fué, en su mocedad, servidor de los Albánez, me dió algunos informes entre las puchadas de su cigarrillo de hoja.

—Don Juan Antonio se pegó un tiro...

Bueno; dicen que se lo pegaron, que fué algún enemigo; pero yo no lo creo. El chico era harto gallo para tener el valor de matarse.

—Fué siempre bravo, "Cántaro"; y el que se pega un tiro es porque tiene valor...

—Pero vea Ud. patrón; tiene que haber querido mucho a aquella arrastrá...

¿Por qué?

—¿Creerá Ud. que la perdonó dos veces en arrancadas que hizo con otros tantos "queridos"...? ¡Aquella mala hembra! cuando era mucho favor el que le hacía don Juan Antonio. Pigmeo sería, pero caballero de raza...

—¿Y como fué eso de la muerte?

—Verá Ud.; la tercera vez que se arrancó la pícara, pasó unos dos años sin volver. Y ¡cómo llegó! Era un andrajo, en un estado que daba compasión...

Don Juan Antonio ya no la perdonó más; le cerró la puerta; pero la Martina siguió rondando por los alrededores.

Bien sabía que el corazón del chico Albánez era demasiado grande para olvidarla. La mujer que venía muy

enferma, se dió a la bebida, y una noche que se quedó dormida al sereno y en que cayó una helada que dejó blancos los campos, la hallaron tiesa, cerca de la casa de "Cantarito".

Don Juan Antonio la enterró como si hubieran estado en buena armonía; le compró un nicho perpetuo en el cementerio de Pastenes, y se vistió de luto; ¡caballero había de ser! Y qué mal empleada su caballerosidad, decían todos...

No pasaría un año cuando lo encontraron muerto en su cama. Tenía un balazo en la cabeza. Y aquí viene la duda. Un reumatismo le había inutilizado la mano izquierda y el balazo fué en la sien izquierda. ¿Cómo pudo usar esa mano? En el revólver fué encontrada una bala sin disparar. De las otras cuatro cápsulas vacías, tres balazos dieron en la pared, cerca de la almohada; el cuarto fué el que se pegó. El arma era un Smith Wesson de cinco tiros. Estaría bien, que el ansia de matarse le hubiera permitido usar por una vez su mano inutilizada, pero fueron cuatro los tiros, y en la misma dirección.

¿Por qué no usó su mano buena, la derecha?

—Para mí que hay una sombra negra en la muerte de don Juan Antonio.

Se ha hablado de Ñacho Norambuena, que fué querido de la Martina. En fin, que el pobre estiró las patitas...

Clemente Páez, como campesino buen cristiano se santiguó, y botó lejos el pucho, en un gesto de conformidad desolada.

Así murió "Cántaro". En la lápida que mi padre me

encargó poner en el nicho que le adquirí con los últimos restos de su esquilmado peculio, puse un epitafio, debajo del nombre:

"Aquí yace don Juan Albánez

(1870 — 1915)

Pequeño hombre de corazón inmenso,
muerto trágicamente".

Los pequeños burgueses de corazón más pequeño todavía, que pululan en la aldea, se burlan deletreando la inscripción, y dicen:

—¡Qué se haya matado ese pigmeo hereje!

Y, ¡claro! esa gente de alma negra no se santigua como Clemente Páez, viejo tan bueno como el pan ...

LA PIEDAD

I

EN este memorandum de mis recuerdos de la infancia o de la mocedad,—escritos en la edad adulta,—este capítulo posee un perfume que sabrán muchas almas. El análisis frío e implacable, que distingue a la edad presente, y, que aún pretende filosofar con el corazón, quitando a la poesía sus más nobles atributos, no podrá jamás nivelar la emoción de lo vivido con lo que es una desnuda y marmórea ficción artística.

Evoco ahora esta emoción que bendigo, porque en un momento anímico retrospectivo, es como una misma corriente eléctrica la que humedeció mis ojos de niño con esta otra vibración del recuerdo, que tiene la virtud de hacer tensos mis nervios de intelectual y de «vieux garçon». Esta narración no puede tener refinamientos de forma, porque desnaturalizaría su verdad.

Haced cuenta que una alma ingenua la dice, al amor de las brasas, en un interior plácido con olor de alhucema y albor de sábanas muy blancas.

Mi tía Julia tenía el espíritu de una sierva del Señor; pudo haber sido una Hermana Margarita de Alacoque.

De cómo, este sér dulce y bueno, era capaz de la crueldad, lo dirán estas memorias.

Ella vivía pendiente de la salud moral de todos los vivientes de sus dominios.

Como era la cabeza visible del hogar, por la avanzada edad de la abuela, estaba al cabo de todos los detalles de la vida del fundo.

Tienen las personas más piadosas, cuando se trata de su tranquilidad moral, egoísmos inconcebibles. Y era así cómo la tía Julia decidió poner vallas a la naturaleza, prohibiendo por un decreto verdaderamente feudal, la libre propagación de los gatos.

Estos pequeños amigos del hogar, perezosos, simpáticos y muelles, que invitan a la caricia, enarcando el lomo de pelaje sedoso y roncando dulcemente, con la regalía de una criatura humana, vivían en una república licenciosa—una verdadera Commune—y hacían tabla rasa de la prohibición de mi tía Julia.

Las medidas enérgicas no se hicieron esperar. Fué decretada la condenación a muerte de todos los pequeños inocentes. Eso sí, que con el mínimo dolor posible de las víctimas. La crueldad, con premeditación y alevosía, no entraba en el ánimo de los sentimientos cristianos de mi tía.

Fué así cómo su corazón sufrió un vuelco, casi un síncope, cuando se impuso del salvajismo de una ejecución capital.

Un labriego perezoso, encargado de cumplir la sentencia, tal vez con instintos perversos innatos, o por ahorrarse el viaje al río, cometió el crimen de asesinar a mazazos, con un garrote de espino, a toda una generación de gatos párvulos.

Esta vez, era yo el fatídico encargado de la ejecución...

Sitúo la narrración en tiempo presente, porque mis recuerdos tienen toda la frescura de aquel «gatuperio»...

Son cuatro mininos pequeñitos y lucientes, con los ojos cerrados aún.

—Así no sufrirán nada, dice la tía Julia, y añade el refrán manoseado: «Ojos que no ven, corazón que no siente».

—Samuel, el mozo, conduce los gatos al martirio en un pequeño saco.

Durante el trayecto, al galope de nuestros caballos, yo no me doy cuenta todavía de la naturaleza de mis funciones de verdugo.

En la niñez, la curiosidad suprime toda meditación. Pienso divertirme, echando los gatos al agua.

Pero el corazón me traiciona. Me doy cuenta súbitamente, como un descubrimiento, de la dulzura de tener corazón.

Llegamos al río.

—Ya está, le digo a Samuel. Pásame el saco, yo los echaré al agua.

El mozo me obedece y yo meto la mano en la bolsa para extraer a las pequeñas víctimas. Al contacto del aire fresco del cauce, los gatos maúllan y se adhieren a mis dedos. No soy capaz de notar la angustia de sus ojos sin luz. Hay uno todo blanco, con una mancha negra sobre un ojo. Es el que tarda más en desprenderse de mi mano. Los tres primeros se sumergieron al ser arrojados a la corriente y no han vuelto a aparecer más; pero el último, que se ha adherido a mis dedos, ha caído con suavidad y ha comenzado a nadar desesperadamente con

sus manitas, que aún no muestran las uñas. La cabecita blanca con la mancha negra sobre el ojo y los párpados cerrados, que aún no han visto la luz, acusan una angustia enorme. Entre el rumor del agua, se oyen los maullidos. Mi corazón de niño sufre entonces un extremecimiento incontenible de piedad.

—Salvémoslo, le digo a Samuel, con un grito nacido de las entrañas.

Persigo a caballo a la pequeña víctima arrastrada por la corriente; pero no logro arrebatársela al río. Allí no hay mucha profundidad. Sin pensar en ello me desmonto, me hundo en el agua hasta la cintura, corro por el lecho del río, empapando mis ropas, y por fin salvo la vida al pequeño animal, dando un grito de júbilo.

Cuando salgo a la orilla, con el «minino» estrechado a mi pecho, Samuel, que ha reído un momento a carcajadas, se ha conmovido también, mirándome llorar de alegría.

—Pobrecito, pobrecito, decimos a dúo.

Y, cuando he llegado a la casa, con el pequeño sér arrebatado a la muerte, temiendo una reprimenda de la tía Julia, ella me ha abrazado con emoción, me ha besado en la frente y me ha dicho:—Tienes un hermoso corazón, Maño, Dios premia la piedad. El gatito será nuestro regalón y le llamaremos Moisés, que significa «salvado de las aguas».

Yo he respondido a la tía con una honda dulzura que me humedece los ojos...

INDICE

	Págs.
Opiniones sobre el Autor	7
Mingaco	17
El hechizo	27
La Cachi	39
El muelle del Diablo	45
Historia de un perro	53
Tierra de naufragios	63
La muerte de Rosarito	71
La emoción del piloto	81
El repecho	87
La bella aventura	95
La mariposa extraña	103
Tener pana	113
Los cisnes negros	121
La estética	133
Una pesca amena	141
Nerón	149
Pesca de anzuelo	157
La vil	165
Abencerraje	173
Cántaro Matero	181
La piedad	199

Printed in Chile

Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones.--Sección Imprenta.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028309018